



un ataúd forrado de rojo

SILVER KANE



SS

SERVICIO SECRETO



SILVER KANE

UN ATAÚD FORRADO DE ROJO

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1.160

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal: B. 34.094-1972
Impreso en España - Printed in Spain
1.^a edición: octubre, 1972

© SILVER KANE - 1972
texto

© ANTONIO BERNAL - 1972
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA,
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1281. — No dispaes, Ketty Loy

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.143. — El espía que llegó del Sol.

En Colección SALVAJE TEXAS:

738. —Infierno: capital Dodge City.

En Colección KANSAS:

666. — Un buitre llamado Cox.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

973. — Caradura «City»

CAPÍTULO PRIMERO

AQUELLA mano avanzaba a través de las tinieblas.

Era una mano cuyas formas no se adivinaban porque estaba enguantada de negro. Se movía con la suavidad de los reptiles y con el silencio de los gatos. Era una de esas manos que parecen formar parte de la oscuridad de la que han nacido.

Abrió la puerta.

Más allá estaba la pequeña habitación.

Las paredes de mosaico blanco.

La mesa de exploraciones y todo lo necesario para el consultorio de un pequeño hospital, de un hospital pobre de los suburbios de Londres.

En el consultorio estaba la muchacha.

Sus ojos quietos.

Sus facciones un poco rígidas por la emoción, con las cejas levemente alzadas sobre sus ojos sin luz.

La mano enguantada hizo un gesto.

¡Qué tontería!

La muchacha que estaba quieta en el pequeño consultorio no podía verla.

La puerta había chirriado levemente, muchacha ciega musitó:

—¿Es usted, señorita Sanders?

—Sí. Soy yo.

—Tiene usted la voz un poco cambiada, señorita Sanders.

—Es que estoy algo ronca. ¿Cómo te encuentras hoy, Molly?

—Muy bien. Y sobre todo muy... muy emocionada.

—Es natural. Vas a librarte de esta pesadilla, Molly. A partir de esta noche serás otra vez una mujer libre.

—¿Podré hablar con Edgar?

—¡Pues claro que sí! ¿Por qué crees que te saco de aquí, si no es para que hables con Edgar? ¿O crees que me jugaría mi puesto para hacerte un favor que no vale la pena?

—Nunca podré pagárselo, señorita Sanders.

—¿Qué has preparado para salir? ¿Qué llevas en el maletín?

—Un poco de ropa, mi estuche de *toilette* y el escaso dinero que tengo: unas cuarenta libras.

—Está bien. Entonces no perdamos más tiempo. Vamos.

La mano enguantada dibujó un leve gesto de impaciencia.

—Tú no conoces esta parte del hospital. Espera. Yo te guiaré.

—¿No va a descubrirnos nadie, señorita Sanders?

—Nadie. No olvides que yo conozco muy bien todo esto y a la gente que trabaja aquí. Buster, el portero de noche, se ha ido a beber una copa como hace siempre a esta hora. No hay miedo de equivocarse. En el bar ve siempre el último programa de televisión.

Y la mano enguantada se tendió.

Tocó los dedos trémulos de la ciega.

Y ahora no solo temblaron los dedos. Tembló también la voz.

—¿Cómo lleva guantes hoy, señorita Sanders?

—Me ha parecido mejor. Tú creerás que es una tontería, pero no quiero que encuentren huellas dactilares mías aquí, cuando mañana investiguen tu desaparición. Esta sección no es la mía.

—Tiene razón, señorita Sanders, pero...

—¿Pero qué?

—Yo creí que usted no podía llevar guantes. Ni siquiera de goma. No la dejan ayudar en el quirófano por eso.

—Me he curado ya. Taparme las manos me cuesta un sacrificio, pero esta vez me conviene hacerlo en favor tuyo.

—Gracias de nuevo, señorita Sanders. No sabe lo que para mí representa... salir de aquí.

Y la muchacha volvió la cabeza como si pudiera ver lo que dejaba a su espalda.

El triste consultorio que aún conservaba el mismo ambiente que tenía cuando se fundó, en tiempos de la reina Victoria. Las salas pequeñas y agobiantes donde las mujeres se iban pudriendo poco a poco. Las enfermeras que parecían carceleros (y en realidad lo eran). Los cuadros con el Reglamento Interior donde cada párrafo

empezaba con la palabra «Prohibido...»

La mano enguantada la apretó.

—Bueno... ¿A qué esperas?

Molly no podía ver nada de lo que dejaba atrás, pero captaba su olor inconfundible. Olor a habitaciones cerradas, a servicios sanitarios que funcionan mal, a agua pútrida que gotea toda la noche. Los olores que la habían acompañado durante tres meses y que ya se le habían hecho insoportables, hasta llegar a temer que la volverían loca.

—Me estaba despidiendo de... de todo esto, señorita Sanders. Perdone.

Salió.

Al atravesar aquella puerta, supo que penetraba en un mundo del que nada conocía, puesto que Molly no había estado nunca más allá del consultorio. Su única guía en aquel mundo de tinieblas era la mano que la guiaba, la mano incierta que parecía surgida de la nada y que la llevaba a lo desconocido.

Pasos quedos.

Rumor de otra puerta que se abre.

Y de pronto el viento en la cara. El aire libre, el aire de la calle. ¡El aire de la vida otra vez...!

—¿Qué es esto, señorita Sanders?

—Un coche.

—¡Qué tonta soy! ¡Por un momento creí que íbamos a marcharnos en el autobús!

—¿Para qué? ¿Para que nos viese todo el mundo?

—Como yo no veo a nadie, me parece que nadie me ve.

—A veces tendrías que darte cuenta de que no estás sola en el mundo, Molly.

—Tiene razón. Sobre todo cuento con usted... ¿Dónde debo sentarme?

—Aquí, a mi lado.

El motor que arranca.

Algo falla en él.

¿Las bujías? ¿El demarré? Molly palideció mientras pensaba en lo terrible que sería que ahora no pudiesen arrancar, dando tiempo a que volviese Buster, el guardián de noche.

Pero, al fin, todo se normalizó.

El motor ya roncaba perfectamente.

Clac.

La marcha que entra, produciendo un leve chasquido. Y enseguida la sensación de velocidad. La sensación de libertad. ¡De volver a vivir...!

Los mil ruidos de la calle.

Los mil ruidos de la vida que vuelve, las mil sensaciones que hacen circular la sangre más aprisa, que lo cambian todo. Incluso Molly tuvo una cierta sensación de borrachera, después de tres meses de espantosa soledad.

Los ciegos son mucho más sensibles al ambiente exterior. Captan mil detalles, mil sonidos que los otros no aprecian.

—Este semáforo ha producido un chirrido al cambiar de luz, señorita Sanders.

—Parece mentira que te des cuenta de esas cosas.

Y otra vez la mano enguantada.

Un estremecimiento.

—¡Qué sensación más extraña me da notar que lleva las manos enguantadas, señorita Sanders!

—Ya te he explicado por qué. Toma esto.

—¿Qué son?

—Unas gafas oscuras. Debes ponértelas, para que no te reconozca nadie. Ahora pasamos por zonas de bastante tránsito y no quiero compromisos.

—Lo comprendo, señorita Sanders.

—Yo también las llevo.

—Ah... Perfecto.

Molly se las puso.

No notó nada, puesto que la oscuridad siguió siendo para ella tan impenetrable como antes. Solo distinguía fulgores muy intensos, como por ejemplo una explosión, un incendio o la llama de un soplete. Pero nada de eso se producía ahora.

Una marcha no demasiado larga.

El aullido de una sirena.

Y, de pronto, el motor que deja de funcionar. El «Craaaac» de la puerta de un garaje que se cierra a su espalda.

—Ya hemos llegado. Aquí estarás segura, Molly.

Molly descendió. Sus manos se adelantaron un poco. Palpó una pared de cemento que debía pertenecer a un garaje.

—Por aquí. A tu izquierda hay una puerta.

—¿Y Edgar? ¿Cuándo hablaré con Edgar?

—Podrás telefonearle dentro de cinco minutos.

Las manos de Molly palparon la puerta. Esta se abrió. Una sensación de humedad le saltó a la cara.

—¿Qué es esto?

—Nada. Sigue, sigue... Yo te acompaño.

—¿Me puedo quitar las gafas?

—Claro...

La muchacha se las quitó.

Pestañeó dos veces.

Exactamente como hacemos las personas que disponemos de la vista en cuanto no distinguimos una cosa bien.

¿Qué era aquello?

¿Qué era aquel resplandor rojizo delante de sus ojos?

Los labios de Molly temblaron un momento.

Ella sabía bien lo que podía ver y lo que no podía ver. Recordaba, como si las estuviera oyendo otra vez, las palabras del doctor Barton:

«Un incendio... Una explosión... La llama de un soplete... Hasta incluso uno de esos faroles rotatorios que llevan en el techo los coches de la policía. Eso aún llega a herir tus retinas, muchacha, pero nada más. De todos modos, es un buen síntoma...»

Un incendio... Una explosión... La llama de un soplete... ¿Qué significaba entonces la luz rojiza que ella tenía delante de los ojos? ¿Qué era...?

—¡Señorita Sanders!

—¿Qué pasa, Molly? Estoy a tu lado... ¿Qué tienes?

—Esa luz... ¡Veo algo que se mueve! ¡Veo una cosa roja que baila delante de mis ojos!

—Tonterías, Molly. Yo no veo nada...

—¡Y siento calor! ¿Dónde estoy, señorita Sanders? ¿Dónde estoy, Dios mío...?

La voz surgiendo de las sombras se hizo más tensa, más ronca.

—¿Tú dónde crees que estás, cariño?

—Señorita Sanders, usted... Usted nunca me había hablado así.
Nunca me había llamado cariño.

—¿Pero dónde crees que estás?

Molly sintió que se crispaba su garganta.

No se atrevía a decirlo.

No se atrevía a pronunciar las palabras fatídicas.

¡Era absurdo, era increíble...!

Pero al fin barbotó con un soplo de voz:

—Creo que estoy... en el infierno.

Fue entonces cuando la claridad roja avanzó hacia ella.

Cuando sus ojos ciegos captaron aquel resplandor absorbente,
alucinante... ¡aquel resplandor infernal!

¡Y cuando notó el calor!

¡El calor del Más Allá!

Notó que le ponían algo.

¡Las gafas otra vez! ¡Unas gafas que le tapaban completamente
los ojos!

Pero aun así el resplandor pareció llegar hasta el fondo de su
cerebro. Y el dolor. El dolor lacerante, terrible, que la desintegraba,
que la volvía loca...

Molly lanzó un alarido inhumano.

Y entonces se dio cuenta de la terrible, de la increíble, de la
espantosa verdad... ¡Le estaban envolviendo la cabeza en llamas!
¡La estaban... la estaban quemando viva...!

CAPÍTULO II

LA niebla se elevaba desde el Támesis.

A pesar de que Londres ya no es ahora una ciudad tan oscura como lo fue hace años —pues, curiosamente, la contaminación atmosférica ha disminuido algo—, la niebla, cuando sube desde el Támesis, lo cubre todo. La inmensa ciudad se tapa con una especie de sudario. Las luces de los semáforos no son más que leves reflejos en una inmensa masa gris. Los faros de los coches apenas iluminan los dos metros cuadrados que tienen delante. Las personas son como sombras que surgen de repente, que desaparecen, que de pronto se hunden en la nada...

En eso pensaba la muchacha que ahora estaba apoyada en el cristal del gran escaparate.

El escaparate estaba iluminado y en él se leía una serie de prometedores anuncios: «Grandes rebajas de otoño». «Liquidamos todas las existencias del verano.» «Equípese usted para el próximo julio a mitad de precio.»

Pero ya pasaban muy pocas personas por allí.

El barrio de Whitechapel sigue teniendo sus rincones, sus misterios, sus leyendas, aunque haya cambiado mucho. Por sus calles sigue flotando la vieja sombra, el misterio todavía no desentrañado de *Jack el Destripador*.

Claro que la muchacha tenía otras preocupaciones.

No le quitaba el sueño *Jack el Destripador*.

Le quitaba el sueño su pierna cada vez más enferma y para la cual ningún médico encontraba un buen remedio.

Miró su reloj.

Las diez.

Las diez de la noche en Londres son como las dos de la

madrugada para una ciudad mediterránea, donde parece como si la gente tuviera interés en no irse a dormir nunca.

Su cita se estaba retrasando demasiado.

La muchacha dio unos pasos, apoyada en su bastón-muleta. Su pierna derecha, casi rígida, la convertía en una auténtica inválida. Pasó por enésima vez delante del escaparate, miró los maniqués de los que ya había empezado a hartarse, y entonces escuchó el rumor de un coche que se detenía ante la acera.

Giró la cabeza.

La estaban sonriendo desde el interior.

La muchacha avanzó dificultosamente, arrastrando su pierna derecha, pero manejando con habilidad su bastón-muleta.

—Hola, señorita Sanders.

—Buenas noches, Nancy. ¿Te he hecho esperar?

—Un poco. Ya empezaba a extrañarme de que no viniera.

—Es que el coche no acababa de funcionar bien. Sube.

Nancy se acomodó junto a la conductora, pero para eso tuvo que apartar un pequeño maletín que estaba en el asiento.

—¿Qué es esto? ¿Es suyo, señorita Sanders?

—Oh, no... —tembló un momento la voz—. Antes he llevado a una persona que lo ha olvidado aquí. Espera. Lo echaré en el asiento de atrás.

La pequeña maleta saltó. Nancy miró extrañada a su acompañante.

—¿Por qué lleva gafas negras, señorita Sanders?

—Me las he puesto no sé por qué... Bueno, quizá es porque he salido hace poco de un sitio muy iluminado. Me las quitaré... Con esta niebla, además, no se ve nada. Solo faltan las gafas negras.

—¿Y por qué lleva guantes? Yo pensaba que no podía llevarlos. Que, desde que se quemó las manos, su piel era alérgica a una presión constante. Vamos, que sus poros necesitaban respirar y que de lo contrario no podía soportarlo.

—Es cierto... Pero he de ir acostumbrándome. Ya estoy mejor, ¿sabes? Y ahora deja de hacer preguntas y acomódate de una vez. Nos marchamos.

Nancy puso mejor el bastón-muleta que le estorbaba entre las piernas.

El coche arrancó.

—Ese médico amigo suyo... ¿de veras tiene un sistema que puede quitarme los dolores?

—De veras. Lo que pasa es que corres un riesgo. Ya te he dicho que su medicamento está en plan experimental y que corres un riesgo.

—Ya le he firmado un documento renunciando a cualquier demanda de responsabilidades por lo que pueda ocurrir. No tema; pase lo que pase no voy a pedirle nada.

—Pero aún estás a tiempo. Yo tengo fe en el tratamiento, pero si te queda alguna duda puedes volverte atrás.

Nancy cerró un momento los ojos mientras dominaba un gesto de dolor.

—Volverme atrás... —musitó—. ¡Qué tontería! ¿Usted cree que, después de lo que he sufrido, va a asustarme nada? Los médicos no me aciertan, no dan en el clavo. Pienso que con ese doctor puedo tener más suerte y...

Se relajó. Dejó que sus músculos descansaran en los cómodos asientos anatómicos del coche.

—En fin... —añadió—, sea lo que Dios quiera.

Media hora después habían llegado a su destino. La puerta del garaje chirrió a su espalda al cerrarse. Los focos iluminaron fantasmalmente las paredes de cemento.

—¿Dónde estamos?

—¿No lo ves? En el garaje de una casa.

—Es que se distingue todo muy mal.

—Ahí tienes una puerta.

El bastón se movió.

Toc... Toc...

Producía un sonido lejano y espectral al posarse en el piso repetidamente.

—Hum... ¡Qué sitio más extraño!

—El doctor tiene un laboratorio a poca distancia. Sigue. Yo te acompaño.

Nancy trató de reír, aunque la verdad era que no tenía ninguna gana de eso.

—Me extraña que me toque su mano enguantada, señorita

Sanders. Nunca me había ocurrido eso.

—Estás muy nerviosa esta noche.

—Tal vez sí... No puedo evitarlo.

—Continúa... Aquí, a la derecha. Esta puerta.

Nancy la abrió.

Se detuvo.

Su boca se secó en un instante, aunque no supo comprender por qué.

¿Qué era aquello?

¿A qué se debía aquella sensación de infierno?

¿Qué era la luz roja?

¿Estaba viendo visiones?

Y sobre todo... ¿quién era...? ¿Quién era aquella sombra?

¿Por qué una mujer joven —eso se notaba en su figura— llevaba una capucha negra que le tapaba hasta los hombros?

La sensación espectral envolvió a Nancy de tal modo, que casi le impidió respirar.

No lo entendía.

Pero sintió deseos de lanzar un grito, de huir de allí, de escapar a aquella extraña y opresiva sensación de infierno.

Fue a hacerlo.

Bruscamente, se dio cuenta de que ya no podía más.

Y al girar ocurrió aquello.

Ella necesitaba la ayuda de su bastón-muleta. Su bastón-muleta era la pierna que no podía usar, era la pierna enferma.

Y entonces le dieron un golpe justamente en la base del bastón. Todo el cuerpo de Nancy basculó. Lanzó un grito mientras caía a tierra. La habitación empezó a dar extrañas vueltas, vueltas, vueltas...

Y la mujer se acercó.

La extraña mujer que llevaba un lienzo negro cubriéndola hasta los hombros.

Una mano enguantada se movió en el aire.

Arrancó el lienzo.

Y entonces se escapó de la garganta de Nancy un grito de horror, una especie de gorgoteo funeral, un chillido qué repercutió

una y mil veces en aquellas paredes del infierno.

Porque debajo de aquel lienzo estaba... ¡la cara de un monstruo! ¡Una visión del Más Allá! ¡Lo que quedaba de la cara de una mujer después de haber sido quemada viva...!

CAPÍTULO III

EL rostro recibió el impacto de lleno y se movió como el de un boxeador cuando lo cazan bien entre las cuerdas. El cuerpo del hombre brincó y fue a parar junto a la ventana. Intentó saltar por allí, comprendiendo que no tenía ya otro camino de salvación.

Era ágil, joven y fuerte.

Se movía con la rapidez de una lagartija.

Pero fueron dos manos de hierro las que lo apresaron en el último instante, cuando ya iba a saltar. Aquellas manos de hierro lo enviaron al otro lado de la habitación.

El lujoso diván fue volcado.

Cayó una fotografía en el que una famosa artista de la televisión inglesa posaba para el fotógrafo en una actitud de Eva, tan perfecta, que allí no sobraba ni faltaba nada.

Sobre todo no sobraba nada.

Y se rompió un jarrón no demasiado valioso, pero sí muy sugerente, en el que se veían dibujos reproduciendo las perversiones sexuales de los antiguos egipcios.

El hombre se quedó al fin quieto.

Miró con ojos nublados su apartamento, que podía convertirse en un almacén de chatarra, a poco que la pelea durase.

—¡Maldito sea, Kennedy! —barbotó—. ¡Le denunciaré! ¡Haré que pague esto muy caro! ¡Usted no puede pegarme!

Kennedy le miró con desprecio.

Era más alto, más fuerte que el otro. Pero no tenía una actitud de matón. Incluso parecía algo tímido, excepto cuando sacaba las manos... y le daba recuerdos a uno.

Campeón universitario de boxeo en la categoría de los pesos medios, resultaba bastante peligroso medirse con Kennedy cuando

este se había decidido a actuar por la vía directa.

El que estaba a sus pies se limpió con el dorso de la mano el hilo de sangre que manaba de su boca.

Este no era como Kennedy. Este era un dandy a la última moda. De cuerpo casi esquelético, cabellos por encima de los hombros y brazaletes por todas partes. Lástima, porque antes de ponerse a frecuentar los clubs nocturnos donde uno practicaba con los dos sexos, había sido un muchacho bastante guapo.

Kennedy barbotó:

—Levántate, Edgar.

—¡Ha... haré que pague esto! ¡Usted no puede golpearme! ¡Le denunciaré, maldito! ¡Lo echarán de la policía!

—Lo que no puedo hacer es usar armas, Edgar, pero sí que puedo usar los puños cuando un tipo al que voy a detener legalmente me acomete y luego trata de huir.

—No... no sé por qué han venido a buscarme, Kennedy, maldito puerco. Yo no hago nada ilegal. Me mantienen a la vez una mujer y un hombre, ya lo sé. Pero ellos también lo saben. Y eso no es ningún delito.

—Sí —dijo Kennedy con desprecio—, ya sé que ahora no es delito salir a la calle vestido de mujer y ofrecerse a los transeúntes por las esquinas. Ya sé que no es delito casarse con un fulano como has hecho tú. Lo siento por ti, Edgar, porque antes no eras más que un simple ladronzuelo y ahora eres algo mucho más despreciable. Pero no he venido a buscarte por eso.

—Pues entonces, ¿por qué?

Kennedy sacó de su bolsillo dos cosas: una era la orden judicial para detener a Edgar, aunque no hacía falta mostrarla porque Edgar ya sabía que nunca se hubiera atrevido a actuar sin tenerla; y otra era una fotografía de los archivos policiales en la que aparecía el rostro de frente y perfil de una chica rubia, de líneas suaves, que reflejaba una gran dulzura.

—¿La conoces, Edgar?

Edgar se encogió de hombros.

—No la he visto en mi vida.

—Te pego una patada que te dejo inútil para siempre, Edgar. Y luego voy a decir que te lo hiciste al saltar por la ventana. Al

menos una docena de compañeros que te tienen echado el ojo certificarán que así fue como sucedieron las cosas.

—Bueno, no hace falta ponerse de esa manera... Puede que la haya visto.

—Naturalmente que puede. Tú sabes muy bien que es Molly Patterson, una ciega a la que corrompiste hasta las entrañas. La obligabas a robar por tu cuenta en el *tube*^[1] dado que a nadie le extrañaba que una ciega palpara a la gente para poder salir en las estaciones. Y porque demostró tener unos dedos de primera clase. La convertiste en tu amante. La dejaste podrida. ¡Y la muy idiota pensando aún que eras capaz de cualquier sacrificio por ella! Últimamente estaba en el hospital penitenciario de Dartmoor. Una institución que no era una cárcel, porque dependía de la Protección a la Mujer. Pero que lo parecía. Un sitio siniestro donde los haya. Y tú aquí, tan tranquilo, mantenido por otra mujer y al mismo tiempo, para que no falte nada, mantenido por un hombre.

—Es mi marido^[2].

—¡Te voy a...!

—¡Bueno, no se ponga así, cuernos! ¡Ya sé que soy basura, ya sé que huelo mal a cien metros! ¡Pero no hay para tanto! ¡Iba a ver a esa chica al hospital y era amable con ella! ¡Hasta le pagué un abogado! ¿Qué más quieren? ¿O es que piensan que le he hecho algo?

Kennedy recogió la orden judicial y la foto.

—Molly ha desaparecido —musitó.

Edgar echó la cabeza para atrás. Parecía desconcertarle aquella noticia. Y Kennedy, que le miraba fijamente, tuvo la sensación de que era sincero.

Edgar bisbiseó:

—¿Cómo puede largarse una ciega?

—Con la ayuda de alguien, por supuesto. Por eso hemos pensado en ti. ¿Cuándo la viste por última vez?

—Hace un par de domingos.

—¿No te dijo nada?

—Solo que tenía ganas de que nos fuésemos a vivir juntos, como me decía siempre. Molly era bastante ingenua. Claro que no sabía que yo vivía con otra, porque me hartaba de jurarle que ella era el

amor de mi vida. En fin... ¿cuándo desapareció, inspector?

—Anoche.

—Puedo dar cuenta de mis actividades paso a paso desde las siete. Y no crea que es mandanga como otras veces, inspector. Hay gente seria con la cual estuve muchas horas y que lo testificará.

—Eso ya lo dirás en Scotland Yard. Y veremos si esa gente seria de que hablas quiere reconocer que estuvo contigo. ¡Andando! ¡Y deja que me tape las narices de una vez! ¡Hueles a basura!

El sargento Spott dijo desde la puerta:

—Menos exagerar, Kennedy. Ese tipo va perfumado que marea.

—Lo hago para asustarle —dijo Kennedy—, aunque no lo he conseguido. ¿Verdad que no, Edgar?

Edgar le enseñó los sanos dientes en una sonrisa llena de insolencia.

—No, inspector.

Kennedy lo sujetó por las solapas, lo alzó en vilo y estuvo a punto de lanzarlo por la escalera.

—Sí... sí, inspector —balbució Edgar.

—Pues tómate una aspirina. Hala, fuera.

Cuando llegaron al New Scotland Yard había bastante movimiento en la sección a que pertenecía Kennedy. No porque una persona desaparecida más o menos llamara ya la atención, sino porque había escapado de un centro oficial y con la colaboración de alguien. Por tanto podía tratarse de un caso de corrupción que merecía ser estudiado, ya que desencadenaría en la oposición una campaña política.

El inspector jefe Poland ofreció cigarrillos a Kennedy cuando este entró en su despacho. Había allí otros dos inspectores que trabajaban en el mismo asunto. Tenían un inconfundible aspecto de preocupación. Aspecto de gatos asustados perdidos en un agujero.

—¿Qué? —preguntó Poland.

—Lo he dejado con Percy para que lo interroguen. Pero me temo que Edgar tenga una coartada —propuso Kennedy.

—Y será verdad —dijo Poland.

—¿Por qué cree que será verdad?

—Porque las cosas se han complicado. Mire.

Y le mostró un pequeño magnetófono que estaba sobre la mesa.

Era un modelo japonés sencillo, pero de micro muy sensible.

—Estaba en el consultorio del hospital —dijo Poland—. Siempre ha estado allí, de forma que era una pieza ya rutinaria. Los médicos recogen declaraciones de los enfermos por el micro y así se ahorran bastante trabajo, al no tener que rellenar fichas. Lo que pasa es que solo funciona en las horas de consulta, claro.

—¿Y qué...?

—La ciega esperó en el consultorio a que la sacaran de allí, no cabe duda. Hasta ese sitio conocía el camino perfectamente, pero más allá ya no. Además hay huellas suyas por todas partes. Debía estar nerviosa y lo tocó todo. Una de las cosas que tocó fue el magnetófono, que debió poner en funcionamiento sin darse cuenta.

Los ojos de Kennedy se iluminaron.

—¡Pero... pero eso es tener una suerte fabulosa, Poland! ¿De modo que tenemos grabada la conversación? ¡Pues ya está! ¡Una quiniela!

—¿Usted cree?

Y Poland puso en funcionamiento la máquina. Oyeron perfectamente el chirrido de una puerta al abrirse y luego la primera pregunta: «¿Es usted, señorita Sanders?»

Todo el diálogo estaba perfectamente recogido. Todos los sonidos, hasta que volvió a cerrarse la puerta.

—Nadie se ha dado cuenta de que la cinta había corrido hasta el final, hasta esta mañana —dijo Poland—. Yo también he pensado al principio que acabábamos de tener una suerte fantástica, pero luego las cosas se han complicado. Todo coincide, desde los sonidos de las puertas hasta los normales del hospital y que llegaban hasta allí. La grabación es rigurosamente auténtica. Pero lo que no coincide es la voz de la señorita Sanders, una de las enfermeras, precisamente la que más amistad tenía con Molly.

—Sí... La misma Molly ya dice que la encuentra cambiada.

—Y está el detalle de las manos enguantadas —susurró Poland—. La señorita Sanders se quemó las manos hace tiempo y eso la mantuvo alejada de su profesión. Cuando volvió, no podía ponerse los guantes ni para ayudar en el quirófano, como hacía antes. Su piel se había vuelto alérgica a cualquier cosa que no dejase a los poros respirar. Por ello resulta muy difícil creer que se enguantara

las manos.

—¿Entonces piensa que... que fue otra persona, la cual se aprovechó de que Molly no podía verla?

—Sí, eso pienso. Y por ello le he dicho antes que las cosas están más complicadas de lo que parecía. Naturalmente que la señorita Sanders había hablado con Molly de ayudarla a fugarse, y hasta ha reconocido que tenían trazados planes. Pero ella jamás le dijo que la esperara en el consultorio, aquella noche.

—¿Pues entonces quién citó a Molly, allí?

—Pudo ser una persona que conociera el plan en líneas generales. Una persona ligada a la clínica, o al menos ligada a la señorita Sanders. Pero eso no significa gran cosa, porque la enfermera pudo haberse ido de la lengua en muchos sitios distintos enterando de su proyecto a diversas gentes. Otra persona pudo hablar con Molly por teléfono fingiendo ser la señorita Sanders.

—¿Recibió Molly alguna llamada?

—Sí. Pocas horas antes de la fuga. Creyeron que se trataba de Edgar, como otras veces, pero bien pudo ser la persona que sustituyó a la señorita Sanders.

Kennedy chupó nerviosamente su cigarrillo.

—De todos modos, la posición de esta no es nada clara —dijo.

—Por supuesto que no, y en consecuencia he ordenado detenerla. Ahora la están interrogando. Pero no debemos dejarnos llevar por las apariencias y decir: «Es ella». No espero aquí un éxito fácil, Kennedy.

—Yo tampoco. ¿Pero qué cree que podemos hacer?

Poland se encogió de hombros.

—De momento esperar —dijo—. Un caso de corrupción en un hospital penitenciario, puede poner en conmoción a la opinión pública. No nos convendría dar un paso en falso. Si lo diéramos, más de uno de nosotros se jugaría la reputación, Kennedy.

—Lo comprendo...

—Interrogue usted a Edgar y examine con lupa las coartadas que le presentará. Ya conoce usted la regla de oro: cuanto más perfecta es la coartada, peor olor despide. Y si se trata de gente metida en los ambientes de Edgar, el olor a basura puede llegar hasta el dormitorio de la reina, en el palacio de Buckingham. De

modo que no se deje ni un minuto, ni un nombre, ni una llamada telefónica por comprobar.

—No se preocupe, Poland.

—Una última cosa: ¿lo ha asustado? ¿Ha asustado a ese cerdo de Edgar?

—Solo un poquito —murmuró Kennedy—. Un poquito...

—Pues asústelo de veras, pero no lo toque. Y no lo digo por él, sino por usted. Esas cosas se contagian...

CAPÍTULO IV

POLAND estaba casi destrozado al amanecer siguiente, después de catorce horas sin salir del despacho y sin adelantar un paso. Al contrario, las cosas se habían complicado todavía más.

—Kennedy.

Kennedy se arregló un poco el nudo de la corbata. Allí, ante la mesa, en mangas de camisa, parecía un luchador. Los cabellos rubios le caían en parte, sobre la frente. También se moría de cansancio, pero lo disimulaba mejor que su jefe.

Y eso que estaba hecho una gelatina.

—No le he sacado nada, Poland. Todas las coartadas que ha escupido hasta ahora son perfectas.

—No le he llamado por eso. Hay algo más.

—¿Qué...?

Poland mostró un maletín que tenía sobre una mesa adjunta. Era un maletín sólido, de buena piel, pero que estaba arrugado como si hubiera pasado mucho tiempo en el agua.

—¿Qué es eso? —murmuró Kennedy.

—El maletín personal de Molly. Ha aparecido en el Támesis hace poco... junto con un cadáver.

Kennedy se sobresaltó.

—¿El cadáver de Molly...?

—No, Molly no. Esa chica no ha aparecido aún por ninguna parte.

—¿Pues de quién...?

Poland examinó unos datos. Debajo de los papeles tenía unas fotografías recién reveladas, pero no se las mostró a Kennedy.

—La chica se llamaba Nancy Forrestal —musitó—. Estaba coja a causa de un ataque de parálisis infantil sufrido hace años. Parece

que hubo complicaciones y sufría mucho... —Poland hizo una pausa—. Es curioso que se trate de una coja y una ciega. De dos chicas taradas y que tenían pocas posibilidades de defenderse.

—¿Pero por qué liga una cosa con otra? ¿Qué tienen que ver?

—Espere, Kennedy.

Poland se puso en pie y abrió el maletín. En este había ropas, unos billetes casi nuevos —el agua no había podido penetrar en el interior— y un estuche con utensilios de aseo femeninos. Parecía ser el estuche lo que más le llamaba la atención. Luego volvió a cerrar el maletín y miró a Kennedy.

—Supongo que Edgar estará presentable —dijo.

—Sí. No le he tocado.

—Hágale venir.

Cuando Edgar se presentó en el despacho del inspector jefe, lo hizo con un aire bastante achulado. Sabía que sus coartadas eran sólidas y que no podían probarle nada. Pero cuando vio el maletín sobre la mesa, palideció ligeramente.

—¿Qué es eso? —susurró—. ¿Es que... ha estado en el río?

—Sí.

—¿No me va a decir que Molly...?

Poland no dijo ni sí ni no. Le señaló el maletín, simplemente.

—¿Lo reconoces?

—Sí; era de Molly. Mejor dicho, es de Molly. Yo mismo se lo regalé.

—¿Te costó muy caro el sistema del magnetófono?

—¿Es que ya se ha dado cuenta...?

Poland le ofreció cigarrillos. El detenido fumó ávidamente, mientras se echaba la melena hacia atrás.

—No soy tan tonto como para no verlo —dijo Poland—. El sistema es ingenioso. El micro está en la cerradura del maletín y capta cualquier sonido, con mucha fidelidad. La cinta y los dispositivos están en el doble fondo del estuche de aseo. Un trasto propio para labores de espionaje a lo James Bond, vamos. ¿Por qué le regalaste a Molly una cosa así? ¿A qué esperabas que se dedicase?

Edgar, con un gesto despectivo, retiró el cigarrillo de sus labios.

—Un poco menos de imaginación, Poland —susurró—. El

maletín con esos aditamentos es caro, pero está dentro de mis posibilidades. No olvide que Molly estaba ciega desde hacía unos años y que por tanto no podía escribirme cartas ni leer las mías. Podía encargar de esas tareas a otra persona, pero entonces la pérdida de intimidad habría sido total. Me pidió por lo tanto, cierto día en que fui a visitarla, que le regalara un magnetófono disimulado, a través del cual pudiera darme mensajes y recibir los míos sin que en el hospital se dieran cuenta. Y yo usé el procedimiento que usted tiene en las manos, Poland. A ella le bastaba irse a los lavabos con el neceser para dictarme unas palabras o escuchar una de mis grabaciones.

—¿Y cómo os transmitíais las cintas?

—Muy sencillo. Uno de los guardianes las echaba al correo y recibía las que yo enviaba, entregándolas en secreto a Molly. Cuestión de propinas, ¿sabe? De ese modo Molly podía comunicarse conmigo exactamente igual que si nos escribiéramos, durante las largas temporadas en que no iba a verla.

Poland cabeceó.

—Que venga Forsyte —dijo—. Esta noche le tocaba servicio. Quiero saber qué opina de todo esto.

Forsyte era uno de los expertos en automóviles más seguros con que contaba Scotland Yard. Cuando se presentó allí, Poland hizo funcionar el magnetófono, que estaba en perfectas condiciones, a pesar de la inmersión en las aguas del Támesis.

Oyeron con claridad las primeras palabras:

«¿Qué es esto, señorita Sanders?» «Un coche» «¡Qué tonta soy! ¡Por un momento pensé que íbamos a marcharnos en el autobús!» «¿Para qué? ¿Para que nos viese todo el mundo?»

Kennedy se aproximó a la mesa.

—Son exactamente las mismas voces —murmuró—. Quizá sin darse cuenta, Molly puso en funcionamiento el magnetófono de su maletín. O quién sabe si pensaba grabar para Edgar los detalles de la fuga. El caso es que aquí tenemos la continuación de lo que se ha oído en el interior del hospital penitenciario.

—Por eso he llamado a Forsyte —dijo Poland—, porque la cosa se desarrolla en un coche. Veremos si hay suerte.

Oyeron perfectamente los ruidos del arranque. Forsyte dijo

enseguida:

—Ese demarré va mal. Yo creo que es volante gastado.

Las frases grabadas se lo confirmaron.

A continuación, Forsyte dijo enseguida:

—Ha arrancado en segunda. No en primera. En segunda.

—¿Cómo lo sabe?

—Por el sonido de la palanca, que es más suave, y por el ruido del motor. Además el embrague no ha sufrido. Óiganlo bien. El coche ha arrancado con naturalidad, y por lo tanto ha de ser de motor potente. Y aquí tienen la confirmación: un solo cambio de marchas más, al pasar de segunda a tercera. Caso de arrancar en primera, hubiese habido luego dos cambios de marchas y no uno solo. Por tanto tenemos estos datos ya de entrada: coche potente, demarré en mal estado y cambio de marchas que no es automático, sino manual. Siga.

Se oían luego ruidos del tráfico. Sonidos de las calles. Un semáforo que chirriaba al cambiar de luz. Una sirena. Y el diálogo al serle entregadas a Molly las gafas negras.

Pero el coche no presentaba ninguna característica especial más.

Luego se escuchaba el ruido de una puerta de garaje al abrirse.

Las portezuelas del coche abriéndose y cerrándose.

Y nada más.

Era evidente que Molly había salido del automóvil, pero fuera por distracción o fuera voluntariamente, el maletín había quedado dentro.

—Luego lo arrojaron al Támesis sin darse cuenta de que el magnetófono había grabado los sonidos —explicó Poland—. Y ahora vamos a ver: ¿qué coche tiene la enfermera Sanders?

Sin esperar a que el inspector jefe consultara los papeles, uno de los agentes murmuró:

—Es un «Mini». Lo hemos probado y el derramé va bien. Por supuesto, también puede arrancar en segunda, pero se notaría el esfuerzo del embrague. ¿No es verdad, Forsyte?

—Sí —dijo Forsyte—; por otra parte, el ruido del motor que ha recogido la cinta, revela mucha más potencia.

—¿Qué marca le recuerda?

—No podría asegurarlo. Quizá un «Vauxhall».

—En ese caso no es el de la enfermera Sanders —murmuró Kennedy—. Claro que pudo alquilarlo o robarlo. Esperen.

Estaban ya dando las ocho y por lo tanto las agencias de alquiler de automóviles abrirían ya sus puertas. Kennedy pidió que se telefonara a todas ellas preguntando si habían alquilado un coche potente cuyo demarré fallara un poco. También hizo revisar las listas de coches robados en los últimos días por si alguno de los dueños que hizo la denuncia había destacado aquella dificultad para ponerlo en marcha.

Aquellos trámites duraron una media hora.

Y nada.

El número de coches robados en las últimas jornadas había sido increíblemente bajo para una ciudad como Londres. Nadie destacaba el dato de la dificultad de puesta en marcha. Y las casas de alquiler juraban y rejuraban que sus automóviles estaban revisados y que no hubieran entregado ninguno en malas condiciones. Total, que aquella pista no llevaba a ninguna parte.

Claro que una investigación de ese tipo no podía ser exacta.

Habría que ver uno por uno los coches recuperados después de los robos. Habría que ver uno por uno los coches que tenían en sus flotas las agencias de alquiler.

—Saquen copias muy fieles de estas cintas magnetofónicas —decidió Poland—. Usted, Forsyte, encárguese de investigar entre los coches recuperados y en las agencias de alquiler. Pudiendo oír la cinta, estoy seguro de que no se le escapará un detalle. Ah... Y hay que dar una batida para recuperar coches abandonados, porque quizá ese lo han robado en otro sitio y lo tenemos ahora aparcado a la puerta de Scotland Yard. También habrá que dragar el río por si lo han hundido en algún otro lugar.

Kennedy hizo un gesto de impotencia.

Sabía que aquellas medidas, pesadas y rutinarias, podían dar el resultado apetecido. La mayor parte de los éxitos de la policía provienen, precisamente, de seguir con tenacidad esas pistas. Pero en este caso todo le parecía muy difuso. Encontrar cierto coche en Inglaterra —coche que podía estar encerrado ahora en un garaje privado— era como buscar una aguja en un pajar.

—De todos modos —susurró—, hay una primera evidencia. Parece que por el detalle del coche no podemos acusar a la

enfermera Sanders.

—Pero podemos hacerlo por otros detalles —dijo Poland, que parecía decidido a no dejar escapar a la única posible responsable que tenía entre sus zarpas.

—También tiene otro problema, Poland —dijo Kennedy—. No podrá acusar a nadie mientras no aparezca el cadáver de Molly.

Poland aferró con fuerza los bordes de la mesa.

De pronto parecía cansado, terriblemente cansado.

Musitó:

—No hemos encontrado el cadáver de Molly, pero junto al maletín hemos encontrado otro —musitó—. Mire, Kennedy.

Y le mostró las fotos que tenía bajo los papeles y que hasta aquel momento parecía haber tenido empeño en ocultar.

Eran las del cuerpo de una mujer.

Una mujer joven... que tenía aparatos de ortopedia en una pierna.

Lo de su juventud se adivinaba por los detalles de su cuerpo firme y bien constituido.

Pero por la cara no podía apreciarse nada... ¡porque la cara no existía!

Kennedy, que creía haberlo visto todo en este mundo, quedó sencillamente aterrado.

Le faltó la respiración.

Incluso dio un paso atrás.

Porque a la víctima solo le quedaban los ojos. Al resto de la cabeza y el cuello les había sido arrancada la piel. ¡Toda la piel! ¡La visión que Kennedy tenía ante los ojos era la de un verdadero infierno!

Un infierno inexplicable que se había puesto a palpar de pronto en las calles de Londres...

CAPÍTULO V

KENNEDY dejó su vehículo en un parking cercano a Charing Cross y atravesó por detrás de la Galería Nacional para entrar en una casa que estaba apenas a cien metros de Trafalgar Square. Desde las ventanas altas se veía el pedestal del monumento a Nelson. Él lo sabía bien porque había estado muchas veces en una de aquellas ventanas altas.

Subió en el ascensor hasta el quinto piso.

Abrió la puerta con un llavín.

El ambiente que le recibió era el de un auténtico gabinete de estudio. Pero un gabinete más bien pobre, más bien tronado. Los muebles necesitaban una capa de barniz, a pesar de su limpieza, y las alfombras estaban deshilachadas. En alguna pared se apreciaba la marca dejada por más de un cuadro que ya no estaba allí, y que indicaba que el propietario de todo aquello tenía que ir haciendo ventas apresuradas porque no le marchaban bien las cosas.

Kennedy atravesó un despacho donde había muchas obras jurídicas. Y, como de costumbre, ni un cliente. Atravesó luego una salita y se encontró en un dormitorio.

El apartamento era pequeño. En un momento estaba visto.

La que no estaba vista tan rápidamente era la mujer.

La mujer merecía más tiempo, merecía una contemplación más detallada.

Porque era toda una señora.

Estaba levantándose de la cama, cuando Kennedy entró. Eran las ocho de la mañana. Y no hizo ningún gesto de sorpresa, sino que siguió comportándose con toda naturalidad.

Entró en el cuarto de baño y dejó la puerta entornada.

Se oyó el ruido del agua en la ducha.

Todo eso sin una palabra.

Kennedy la había mirado con los ojos entornados.

Aquella preciosa mujer.

Aquella cara que conocía tan bien.

Ella salió envuelta en una toalla.

Y entonces se dio cuenta Kennedy otra vez.

No había olvidado aquel detalle.

No, no lo olvidaría nunca.

Pero el verlo otra vez le produjo como una extraña sensación física. Ver que la preciosa muchacha arrastraba la pierna más que antes fue para él igual que una bofetada en pleno rostro.

Dejó sobre la cama el ejemplar del Times que llevaba doblado bajo su brazo.

Y entonces ella rompió el silencio por primera vez.

—Hacía mucho tiempo que no usabas la llave, Ben Kennedy.

—Venía... a devolvértela.

—Nunca te la he pedido. Te dije que la conservarás incluso cuando me viniste con la embajada de que te ibas a casar con otra.

—Muy generoso por tu parte.

Ella se encogió de hombros.

—¡Bah, déjate de tonterías...! Trae. Alárgame las medias.

Ben Kennedy tragó saliva.

Otra vez como en aquellos tiempos... Como si no hubiera transcurrido un maldito año, cincuenta y dos semanas infernales que jamás podría olvidar.

—Ya sabes que no me casé —dijo al fin.

Ella empezó a enfundarse con una media la pierna que no arrastraba al andar.

—Sí, ya sé —dijo—. ¿Y por qué no? ¿Es que no te convenía?

—Ya sabes que sí me convenía —dijo Kennedy apuradamente—. Claro que sí... Ya sabes que no todos los días le ofrecen a un policía pobre la oportunidad de casarse con la hija de un magnate del acero. Con una chica que además no está mal y que lleva a cuestras una fortuna en metálico, un piso en Mayfair, un chalet en la Costa Azul, un yate de recreo anclado en Brighton...

Ella le miró con desdén, mientras se tensaba la media.

—¿Qué pasa? —farfulló—. ¿Estás riéndote de mí? ¿Estás pasando revista a la fortuna de la otra para que se note más mi miseria?

Kennedy sudaba a causa del apuro moral por el que estaba pasando.

Musitó:

—No me casé porque... porque me dio vergüenza venderme. Porque era sencillamente eso: yo tenía un precio y ella lo pagaba. Pero de pronto me miré una mañana en el espejo y me dio ganas de escupirme a la cara. Eso fue todo.

—Pues has tardado un año en decírmelo personalmente.

—Sentía... sentía vergüenza de presentarme ante ti.

—¿Y ahora a qué vienes? ¿A ver si sigo estando bonita al levantarme de la cama? Pues te equivocas, amor. Estoy peor que nunca. Lo de la pierna no se ha arreglado, sino al contrario: hay quien dice que voy a necesitar una silla de ruedas.

—¿Qué médico te lleva?

—¿Y eso a ti qué te importa ya?

El inclinó la cabeza.

—Tienes razón, Sybil. Perdona.

—Si has venido a decirme que, a pesar de la pierna, una chica puede hacer de chica, te equivocas, amor. No he tenido líos este año; no he visto a ningún hombre, lo cual significa que aún menos quiero verte a ti.

—Ya sé que tú no eres una mujer que tiene líos, Sybil. Lo que me diste a mí me lo diste a mí solamente en el mundo. Pero no he venido por eso.

—¿Pues por qué?

Kennedy señaló el ejemplar del Times.

—No sé si habrás ido siguiendo el caso de aquella muchacha llamada Molly y aquella otra muchacha llamada Nancy —dijo—. El asunto empezó hace dos semanas y ha originado un cierto mal clima incluso en el Parlamento. La oposición acusa al Gobierno de consentir un caso de corrupción en un centro oficial como era el hospital penitenciario del que fue sacada Molly.

—Sí... Claro que he ido siguiendo el debate —dijo Sybil mientras se remetía una falda por la cabeza—. Y sé que aún no ha

aparecido el cadáver de Molly... si es que está muerta.

Kennedy alzó un poco las manos, con gesto de desaliento,

—De todos modos la enfermera Sanders va a ser procesada —dijo—. Se lo comunicaron anoche en mi presencia y por eso he venido a verte a primera hora de la mañana, a fin de que no pierdas tiempo. No tiene abogado ni conoce a nadie. Entonces he pensado que podrías defenderla tú.

Sybil le miró con sorna. En su rostro joven, que todavía tenía toda la luz de la vida, aquella expresión de sorna parecía un cáncer que la corroyerá por dentro.

—No tengo trabajo —murmuró—. O tengo muy poco, lo justo para ir tirando. Nadie quiere a una abogado sin fama, una abogado demasiado joven y que encima arrastra una pierna. Pero voy a decirte una cosa, Ben: no necesito tu compasión. Métete tu cochina compasión allí donde te quepa.

—No es eso, Sybil. Te juro que no es eso. No puedo tener compasión de la mujer a la que he engañado.

—Tampoco me engañaste; las cosas claras. Yo te lo di todo sin que tú me prometieras nada. Y un mal día me dices: «Chata, hay un yate aguardándome en la esquina». Te largas y en paz. Si luego te dio vergüenza o no, es algo que no cambia las cosas. Pero yo no te acuso de engaño, Ben. Es de lo único que no te acuso.

Kennedy se sentía cada vez más confuso.

Tuvo que hacer un esfuerzo para musitar:

—Te hablo como simple compañero, Sybil. Dejemos a un lado lo que hubo entre los dos. Imagina que soy un compañero de estudios que te trae un caso; es un caso que te dará poco dinero, porque esa enfermera es pobre, pero en cambio te dará fama por todo el país. La propia Prensa te va a hacer gratis una publicidad de un millón de libras.

Los ojos de Sybil chispearon.

Se notaba que el asunto de la publicidad le importaba poco. El brillo que había en sus ojos era más bien profesional, cálido y humano.

—He seguido con interés este asunto —musitó—. A la pobre Sanders no la pueden acusar de nada seriamente: no ha aparecido el cadáver de Molly, no ha aparecido el coche que se dice utilizó,

no coincide su voz, no hay huellas... ¡en fin, la caraba! ¡El fiscal que va a sostener la acusación más vale que se ponga la peluca al revés o que se vista de luto!

—Por eso te lo traigo —dijo Kennedy—, porque es un caso fácil, brillante y que puede caer en tus manos. Triturarás al fiscal de tal modo que toda la Prensa del país va a publicar tus fotografías. Solo necesitas ir a ver a la Sanders antes de que otro abogado huela el asunto y vaya a ofrecerse sin cobrar nada. Ya sabes tú lo que influye en la carrera de un profesional una propaganda de esa clase.

Sybil se estaba arreglando los cabellos ante el espejo del tocador. Ya se había vestido. Ya se había puesto tacones. Parada ante el espejo era como una diosa.

Kennedy tuvo que cerrar los ojos.

«Qué bonita es... —musitó para sus adentros—. Y yo la perdí porque vi de lejos la sombra de un yate... Yo la perdí como un imbécil, como un maldito...»

Sabía que eso no era exacto del todo. Notaba que Sybil seguía enamorada de él y que bastarían unas palabras para cambiar las cosas. Allí estaba su ambiente íntimo, allí estaba el recuerdo de su amor y de sus besos. Hay palabras mágicas que hacen que el tiempo se detenga y vuelva atrás, y Kennedy sabía cuán poco esfuerzo cuesta encontrar esas palabras, cuando entre dos seres el amor todavía existe.

Pero él no despegó los labios.

La vergüenza todavía le ahogaba.

Taaaaac... Taaaaac...

Todo estaba cambiando. Sybil arrastraba la pierna más que nunca. El año transcurrido, en vez de favorecerla, la había perjudicado de un modo increíble.

Aquel sonido llenaba la habitación.

Sybil le miró con burla.

—¿Qué pasa? ¿Por qué cierras los ojos?

—No... Por nada.

—¿Te molesta oír el ruido de uno de mis zapatos al arrastrarse, verdad? ¿Te molesta comprobar que estoy peor que antes? Muy bien, pues tendrás que acostumbrarle por lo menos hasta que yo

vea a la enfermera Sanders. Luego ya podré dejarte en paz para que sigas el curso de capitán de yate. A lo mejor aún estás a tiempo de volver con la millonaria.

Tomó su bolso y abrió la puerta. Aquella expresión de desdén que la corroía a ella misma no había desaparecido de su boca.

Antes de pulsar el botón de llamada del ascensor murmuró:

—Es curioso... Una víctima coja, otra posible víctima ciega y una abogado que arrastra una pierna. Como para montar un circo.

Y pulsó el botón furiosamente.

CAPÍTULO VI

TODOS los periódicos tenían más o menos los mismos titulares en las páginas más destacadas:

«La enfermera Sanders ha sido absuelta»

«Brillante éxito de su abogado, la joven Sybil Clarendon»

«Demostró que no había ninguna clase de pruebas contra ella»

«La enfermera Sanders, puesta en libertad, ha vuelto a su hogar»

Sybil arrugó el periódico nerviosamente.

Sí, todo un éxito.

Algunos diarios incluso publicaron su foto. Bastantes personas ya le habían telefoneado pidiéndole citas. En la semana que había transcurrido desde aquello, desde la absolución de la enfermera Sanders, estaba teniendo más trabajo que en los cuatro años transcurridos desde que, con el alma henchida de ilusiones y un título en la mano, salió de la Facultad de Derecho.

Arrojó los ejemplares de los periódicos al agua.

Hubiera debido conservarlos. Eran la culminación de muchas ambiciones, o al menos el principio de una carrera que antes no se atrevió a soñar. Pero tenían una semana de antigüedad. Ya formaban parte de su historia y Sybil tal vez quería olvidarla.

Dejó la orilla del Támesis, desde la cual se divisaba la mejor vista del Parlamento y del Big-Ben, y se acercó a su coche. Arrastraba la pierna más que nunca. En sus labios se dibujaba a cada paso una mueca de dolor.

Penetró en una cabina telefónica y disco el número de Kennedy.

La voz de este le respondió al momento.

—Te felicito, Sybil. No me atrevía a ir a verte porque... en fin,

supongo que habrás querido estar sola. ¿Qué tal el trabajo?

—Mucho. En una semana estoy teniendo más que en cuatro años.

—¿Lo ves? Y esto es solo el principio.

Ella se mordió el labio inferior con un rictus de dolor.

—Ben —susurró—, te llamo porque voy a estar unos días fuera. No intentes verme. Creo que necesito alejarme un poco de todo esto.

—Comprendo... ¿Otro hombre?

—No, no es eso.

—Si se tratase de otro hombre, me estaría muy bien empleado.

—Solo quiero estar sola —musitó Sybil—. Es... es un asunto privado.

Y colgó.

El rictus de dolor se había acentuado en sus labios.

Arrastrando su pierna más que nunca, fue hacia su coche, un pequeño «Morris» de tercera mano. Ahora hubiera podido cambiarlo tal vez, pero eso no entraba en sus proyectos. Se puso ante el volante y condujo a poca velocidad hacia el hospital penitenciario de Dartmoor.

Cochino edificio.

Cochina calle donde todas las paredes eran de ladrillo desnudo y todas las ventanas estaban enrejadas.

Se comprendía que Molly hubiera querido largarse de allí, aunque sus ojos sin luz no pudieran captar lo feo que todo aquello era. Se comprendía que se hubiera puesto en manos de cualquiera, con tal de salir.

Y allí había empezado todo.

¿Hasta dónde?

¿Dónde estaba su cuerpo? ¿Qué había sido de su alma?

Condujo a poca velocidad, fijándose bien en el paisaje. Empezaba ya a oscurecer y Londres se embellecía, perdiendo sus mil aspectos de vieja ciudad industrial. Ella amaba Londres. Amaba el misterio de sus calles, el enigma de las casas silenciosas que rodean sus parques.

Amaba el público de sus tabernas.

Y le parecía que en cada paseante solitario flotaba un enigma,

que en cada ventana entrecerrada descansaban las sombras de los personajes de los relatos de Conan Doyle o Edgar Wallace.

En un semáforo desdobló la nota.

Era la letra de la señorita Sanders.

«Puede pasar por mi casa a cobrar los honorarios si quiere. Pero quizá le sea más cómodo que le haga una transferencia bancaria. En todo caso llámeme y muchas gracias.»

Rodeó Regents Park.

Las viejas torres victorianas.

La aristocracia, el dinero de otro tiempo.

Ahora por allí flotaban las sombras de los que se fueron. Dormitaban los gatos.

Unos años antes no se hubiera concebido que una enfermera pobre, como la Sanders, viviese por allí, pero la realidad era que últimamente las rentas de aquellos edificios ya no eran tan caras. Se hacían contratos por dos o tres años solamente, mientras se esperaba un comprador para el solar, donde llegaría a edificarse algún día un bloque de apartamentos con vistas sobre el parque.

Sybil fue mirando las casas.

Ya estaba.

Aquella tenía que ser la de la señorita Sanders.

Fue a frenar, y de repente su pierna falló. No se movió a tiempo y no apretó el freno. El pequeño «Morris» se empotró contra la valla que rodeaba el pequeño jardín.

Nadie vio el accidente, porque a aquella hora no había tránsito. Pero inmediatamente salió de la casa una mujer de unos treinta y cinco años, todavía bastante agraciada, que corrió hacia el vehículo. El rostro de aquella mujer había aparecido en todos los periódicos del país, y por eso quizá llevaba una semana sin querer salir de su casa.

—Pero... ¡pero Sybil! ¿Qué le pasa?

—Nada importante, señorita Sanders. Esta pierna...

—Espere. La ayudaré a salir.

—Gracias... Usted es enfermera. Sabe cómo hacerlo.

Tomó a Sybil hábilmente en sus brazos. La sacó y la apoyó en el coche. La hermosa y joven abogada no tenía ninguna herida visible.

La enfermera susurró:

—Tiene esa pierna muy rígida. Ya lo noté en el juzgado. ¿Qué pasa? ¿No ha podido apretar el freno?

—Me han fallado los músculos en el último momento.

—Espere. Apóyese en la valla, por favor. Yo retiraré el coche.

La señorita Sanders se puso al volante e hizo marcha atrás, estacionando el «Morris» debidamente. No quedó más resto del accidente que un sector de valla medio hundida, pero eso no era tan grave, después de todo.

—Entre en la casa, por favor.

Sybil lo hizo apoyándose en la enfermera. La casa era vieja y estaba amueblada con gusto victoriano. Hasta el aire parecía gris, parecía un aire de otro tiempo. Un gato runruneó, dejó su cojín y se alejó como queriendo demostrar así que no deseaba el menor trato con intrusos.

—Pago muy poco por esta casa —dijo la enfermera—. La tengo alquilada, con muebles, por un año.

—Debe ser cómoda.

—No lo crea. Hay humedades por todas partes. A ver... Siéntese y bájese una media. Hum... ¿Es que no puede doblar mejor la pierna?

—Le confieso que no.

—¿Cómo fue eso?

—Ya se lo expliqué la primera vez que nos vimos. Un accidente hace dos años.

—¿Qué médico la lleva?

—El doctor Muller.

—El doctor Muller es una eminencia.

—No lo niego, pero... Bueno, usted ya lo sabe. Los médicos son eminencias si aciertan tu caso, pero si no son nulidades. Y el doctor Muller me ha hecho ir de mal en peor.

—¿Le duele?

—A veces los dolores se hacen intolerables.

La enfermera fue a dar un poco de masaje sobre la fina piel de Sybil. Y de pronto esta sujetó sus manos.

—No crea que he venido aquí por casualidad —musitó.

—¿No...?

—El poco dinero que yo le pedí por la defensa, podía usted habérmelo enviado por una transferencia bancada. Pero si he venido aquí ha sido porque necesitaba verla.

—¿Verme a mí? ¿Por qué?

—Estoy ya harta, señorita Sanders,

—¿Harta de qué?

Brillaron dos chispitas, como de lágrimas, en el fondo de las pupilas de Sybil.

—El doctor Muller ha llegado a insinuarme que puedo necesitar una silla de ruedas.

—El doctor Muller es un pesimista. De eso sí que tiene fama. Pero no le extrañe, porque a veces las sillas de ruedas ayudan al tratamiento.

—No quiero más tratamientos, señorita Sanders.

La otra la miró extrañada.

—¿Y por qué me cuenta eso a mí?

—Tal vez usted no lo comprenda, pero yo estoy enamorada de un hombre. Sí... es Kennedy, el policía que me recomendó. Estoy enamorada como una loca, a pesar de que él no se ha portado bien conmigo. Y si algún día las cosas se reanudan entre los dos... ¡no quiero que me vea como una coja a su lado! ¡No quiero! ¡No quiero! ¡No puedo consentirlo...!

Había hundido la cabeza entre las manos y sollozaba desesperadamente. No parecía ni de lejos la abogada flemática, segura de sí misma, que durante el juicio había pulverizado al fiscal en el viejo tribunal de Old Bailey. Ahora era simplemente una muchacha que sufre. La enfermera Sanders adivinó que estaba destrozada.

—¿Y qué puedo hacer yo? —musitó—. ¿Qué puedo hacer...?

—Usted me dijo una vez... que había tenido algún ingreso extraordinario.

Los ojos todavía bonitos de la enfermera se empequeñecieron.

—No sé a qué se refiere —musitó.

—Por favor, hablemos sin rodeos y de mujer a mujer. Usted me confesó que, como algunas otras enfermeras, se relacionaba con

curanderos. O con médicos cuya licencia les ha sido retirada, lo que viene a ser parecido, y que ellos le facilitaban una comisión por cada cliente que les proporcionaba.

—Hace falta estar muy desesperado para someterse a un tratamiento de esa clase —dijo la enfermera Sanders—. Hace falta haber perdido completamente la fe en toda la medicina oficial.

—Yo la he perdido.

—No recuerdo ahora ningún médico que...

—Por favor... —Sybil le había sujetado las manos febrilmente —, no me niegue su ayuda ahora. No le cobraré nada por la defensa, pero ayúdeme. Permita que me quede unos días en esta casa o que vaya a donde usted me indique. Me someteré a tratamiento, al que sea, porque ya no puedo soportarlo más. ¡No quiero ser una lisiada al lado de Kennedy! ¡No quiero!

Otra vez había vuelto a excitarse. La enfermera le preparó un vaso de agua con un comprimido.

—Por favor, no se ponga nerviosa.

—¿Conoce a alguien que pueda ayudarme?

—Tal vez.

—No discutiremos por el precio. Venderé mi apartamento y pagaré a ese hombre lo que haga falta.

—De acuerdo, pero no puede quedarse aquí.

—¿Quiere que vaya a una clínica?

—Los profesionales con los que yo trato no tienen clínicas. Son casas particulares.

—Comprendo...

—En todo caso ya la avisaré. Vuelva a su casa y esté tranquila.

—De acuerdo... No sabe el favor que me hace, señorita Sanders. ¿Pero tardará mucho en avisarme? ¿Necesita dinero a cuenta?

La enfermera negó con la cabeza.

—No tardaré demasiado. Quizá un día o dos... Y ahora permita que la acompañe. Será mejor que vuelva a su despacho.

Sybil se levantó del diván en que antes había tomado asiento.

Parecía mucho más calmada. Hasta había logrado que sus labios sonriesen.

—No sabe el favor que me hace, señorita Sanders —musitó.

Y fue a avanzar hacia la puerta. Pero tropezó en los dos

peldaños descendentes que llevaban hasta ella.

Fue una caída total.

Una caída a plomo, en la cual perdió el conocimiento.

La enfermera se inclinó sobre ella, la palpó e hizo un gesto de preocupación.

—Pues sí que tiene mal esta pierna... —susurró—. No puede salir así. Por fuerza va a tener que quedarse en esta casa...

CAPÍTULO VII

LA muchacha salió del almacén ya demasiado tarde, cuando las calles de Londres, correspondientes al viejo sector de Victoria Enbankment, estaban vacías. La niebla subía nuevamente desde el Támesis y el ambiente era siniestro. No le gustaba.

Pero menos le gustaba aún lo que había ocurrido en el almacén, a última hora. Su jefe, como de costumbre, había intentado acorralarla. Había tratado de tumbarla sobre los sacos. Que si eres preciosa, que si dejaré a mi mujer, que si me casaré contigo. La muchacha ya estaba sencillamente asqueada y harta.

¡Y encima obligándola, con mil excusas, a terminar tarde!

Claro que nada tan sencillo como dejar aquel empleo.

Y armarle a su dueño un lío gordo en el Sindicato.

Inglaterra es un país libre. Una chica a la que soban, por muy dueño que sea el que la soba, no tiene por qué callarse.

Pero lo malo para la muchacha estaba en un detalle: el dueño era su cuñado. Y la otra mujer a la que plantaría, era su propia hermana.

¿Cómo plantear el problema?

¿Cómo explicar en casa lo que sucedía cuando le pedían que se quedase?

Por eso Mary estaba a punto de estallar, mientras caminaba por los inmensos muelles silenciosos. Ya no podía más. ¡El domingo, después de comer, con toda la familia reunida, se pondría a cantar ópera!

¡Lo chivaría todo!

¡Y ya veríamos lo que pasaba!

Dobló la esquina.

Y se enfrentó a una niebla más densa que nunca, una niebla

condenada que penetraba por todos los poros de su piel.

Le pareció que una sombra se movía a su izquierda.

Una sombra más que parecía flotar entre las mil sombras que llegaban del río.

—¡Charlie! —masculló—. ¡Ya está bien de perseguirme, Charlie! ¡Las manos quietas! ¡Y te juro que el domingo, cuando toda la familia esté junta, me pongo a recitar una poesía que te va a gustar!

Pero se detuvo.

Dejó de hablar, mientras se le secaba la boca.

No, no era Charlie.

Charlie era alto, y la figura que se movía a su lado era algo más baja, como correspondiendo a una mujer. También la mano que se dirigía hacia ella, surgiendo de la niebla, era suave. Una mano enguantada de negro...

La muchacha fue a gritar. Había oído decir que en algunos puntos de Londres, y especialmente en aquella zona, algunas chicas solas habían sido asaltadas por maníacos sexuales. Pero no por mujeres... ¡porque era una mujer la que se abalanzaba sobre ella!

No pudo evitar el golpe.

Mary estaba tan aturdida que no acertó ni a moverse.

El impacto en la nuca la hizo caer de rodillas. No pudo ni gritar.

Entonces alguien más surgió. La introdujeron a rastras en un coche. Todo estaba sucediendo con rapidez meteórica, en menos de un cuarto de minuto.

Mary pudo ver confusamente que era un coche grande. Y el motor estaba parado.

La tumbaron en el asiento posterior después de darle a oler algo. En realidad lo que hicieron fue arrojarle sobre la cara un poco de líquido contenido en un spray. Era un líquido adormecedor e irritante que le quitaba las fuerzas, pero que no le impidió darse cuenta de algunos detalles.

Por ejemplo el coche arrancaba mal. Le costaba ponerse en marcha.

Una voz dijo, con tono irritado:

—¡Podías haberlo hecho arreglar! ¡Es una pista!

—No me he atrevido a llevarlo a ningún taller, y además este coche yo me lo conozco. Mira. Ya arranca.

Salieron a buena velocidad.

La muchacha estaba completamente aturdida.

Se encontraba en esa especie de duermevela que le acomete a uno cuando empieza a recuperarse de una operación quirúrgica.

El vehículo hizo un largo trayecto, al final del cual entró en un garaje cuya puerta se alzaba. El motor dejó de runrunear. Un disco de luz se proyectó sobre las paredes de cemento.

Mary empezaba a recuperarse, entonces. Gritó desesperadamente e intentó defenderse al ver que la sacaban de allí, tirando de sus piernas.

Veía muy confusamente a la mujer que lo hacía. Solo distinguía bien sus manos, enguantadas de negro.

Mary aún estaba algo aturdida. Recibió dos golpes más y su vista se nubló. Notó que la hacían avanzar por un largo pasillo.

Y, de pronto, vio un resplandor.

Una luz roja y difusa.

Más cercana cada vez.

Una luz roja cada vez más grande, más grande...

Una luz enloquecedora.

Parecía venir... ¡Del infierno!

Mary lanzó un aullido terrible, inhumano, al darse cuenta.

Por unos momentos su cerebro aún funcionó. Aún pudo pensar:
«No... no es posible...»

Luego todo se nubló para ella.

Solo existía el dolor.

Aquel dolor espantoso.

Aquella sensación de muerte saliendo de sus propios huesos.

¡La estaban abrasando!

¡La estaban quemando viva...!

¡Como en el propio infierno...!

CAPÍTULO VIII

—¿No? —preguntó la artista, con un leve matiz de desencanto.

La mujer de las manos enguantadas rectificó inmediatamente.

—Bueno, eso depende...

—Un viejo baboso, como si lo viese.

—No es viejo del todo; eso no.

—De acuerdo, pero si pasa algo más, yo fijaré los honorarios. No estoy acostumbrada a tarifas, ¿entiendes?

La mujer de las manos enguantadas dijo que sí.

La otra le miró con suspicacia.

—Parece mentira que tú te dediques a esto —susurró—, a contratar chicas para tíos cerdos que no se atreven a venir a buscarlas.

—El que me paga es un hombre muy rico. No puede estar exhibiéndose en según qué sitios.

—¿Qué pasa? ¿Es un miembro de los Lores?

—Eso ya lo verás. Bueno, vamos. La fiesta tiene que ser esta noche o ya no será nunca.

Y puso cien fibras entre las manos de la bailarina.

—Pago adelantado —murmuró.

—Así da gusto tratar. ¿Qué hacemos? ¿Vamos en mi coche?

—Como quieras.

—Mi coche me gusta más —dijo la bailarina—. Es un «Jaguar» monísimo. Regalo de un señor. ¡Eso sí que son señores! ¿Tú qué coche tienes?

—Uno pequeño.

—Vamos, una caca.

—Sí.

—Je, je... Entonces déjalo en la caseta del perro, nena. Hala, vamos.

Salieron las dos en el «Jaguar». La mujer de las manos enguantadas iba indicando la dirección.

—Es aquí.

—Hum... Buen sitio.

El elegante coche entró en el garaje y la puerta se cerró tras él. Los faros alumbraron tan solo unas paredes grises, de cemento.

—¿Pero qué es esto?

—Por aquí. Pasa.

La puerta. El pasillo. La sensación de humedad.

¡Y de pronto aquel resplandor rojo!

¡De pronto aquella luz de infierno!

¡Y aquella figura femenina que aún se retorció de dolor en un rincón! ¡Y aquella cara! ¡Aquella cara! ¡Aquella caraaaaa...!

CAPÍTULO IX

KENNEDY entró en el despacho del inspector jefe Poland y dejó las fotografías sobre la mesa. Eran unas fotografías sencillamente terroríficas, unas fotografías que helaban la sangre a cualquiera que las contemplase.

Pero a Kennedy ya no le impresionaron tanto como la primera vez. Porque ya había visto antes unas placas muy semejantes, cuando el cadáver de Nancy apareció en el Támesis.

Estas eran muy parecidas.

El cuerpo de una mujer hermosa, flotando en el río.

Un cuerpo... ¡sin cara! ¡Porque la piel de esta había sido arrancada tira a tira! ¡Porque solo quedaban los ojos espantosamente abiertos, mirando desde las profundidades del Más Allá!

Poland susurró:

—El segundo caso.

—Se llamaba Berta Smith y tenía el nombre de guerra de Miriam Loy —explicó Kennedy—. Se ve que su verdadero nombre y apellidos no entusiasaban al público. Era artista de *strip-tease* en un local elegante del Soho. Algo llenita decían los expertos, pero la gente se entusiasmaba y acudía en masa a verla. La hemos identificado por sus huellas necrodactilares, después de que apareciera en el Támesis, hace apenas una hora.

Poland no podía ocultar su preocupación.

Se notaba que por primera vez, él que llevaba tantos años al servicio de Scotland Yard, estaba totalmente desconcertado.

—Ha pasado como la otra vez —susurró, después de consultar unas notas—. Una chica desaparece y otra flota en el Támesis al cabo de poco tiempo, con la piel de la cara arrancada milímetro a milímetro. Es algo monstruoso e inexplicable, es algo que nubla la

imaginación de cualquiera.

Kennedy se puso un cigarrillo entre los labios, pero no se acordó de encenderlo.

Musitó:

—¿Quién es la chica que ha desaparecido?

—Se llama Mary Rowles y trabajaba en un almacén propiedad de su cuñado. Puede que una cosa no tenga relación con otra, pero a mí me da en la nariz que sí. Ha sido el cuñado el que ha denunciado la desaparición, pero la mujer no se lo traga. Cualquiera sabe... Lo cierto es que algo me dice que una cosa está espantosamente relacionada con otra.

Kennedy se acordó al fin de encender su cigarrillo, pero la mano le temblaba.

«Estoy perdiendo facultades... —pensó—. Voy a acabar como Poland, dándome cabezazos contra las mesas.»

—¿Dónde vivía esa artista de *strip*? —musitó Poland.

—Tenía un apartamento de primera clase en Pall Mall —dijo Kennedy—. Eso y un «Jaguar» que ha aparecido abandonado cerca de un colegio de Eton sin ninguna huella dactilar que nos sirva, porque solo tiene las de su propietaria. Se ve que a Berta Smith le pagaban bien sus amiguitos. Se dice que tenía un par de ellos y que también acudía a exhibiciones. Ya me entiende usted. Por lo general, vejestorios hechos polvo y forrados de dinero, que quieren un *strip* para ellos solos, a ver si se animan. A causa de ello, la Loy vivía de una manera muy discreta. Su apartamento tenía una salida trasera que daba al jardín, por si alguien venía a buscarla.

—¿No vieron a nadie la pasada noche?

—No. Precisamente parece que la artista eligió ese lugar porque le permitía vivir su vida sin interferencias de los vecinos. O fue ella sola al sitio donde la mataron o alguien se acercó a buscarla. No lo sabemos. He interrogado a varias personas, pero sin resultado alguno.

Poland hizo un gesto de desaliento.

—Lo peor es que estamos en un callejón sin salida —musitó—. La enfermera Sanders ha sido absuelta y nada podemos hacer legalmente contra ella. De las dos mujeres desaparecidas, la pobre ciega Molly y la jovencita Mary, no sabemos una palabra. Y las

otras dos mujeres sin piel en la cara... Es algo que no puedo comprender. Es... ¡increíble! Me parece algo irreal. ¡A veces necesito quemarme con la punta del cigarrillo para convencerme de que no estoy soñando...!

Kennedy hizo un gesto afirmativo.

Él también se sentía destrozado, pero no quería confesarlo. Y además le ocurría algo peor: trabajaba sin ilusión desde que Sybil le telefoneó diciendo que se marchaba de Londres.

Puso sobre la mesa otras fotografías.

—Las he traído por si podían facilitar la identificación —dijo Kennedy—, aunque es pura rutina. Son fotografías de propaganda, que los agentes artísticos de la chica distribuían. No he visto en ellas nada de particular, excepto... Bueno, no tiene importancia.

Poland parpadeó.

—¿Qué es lo que no tiene importancia?

—Este primer plano muestra que la mujer tenía una pequeña cicatriz bajo la oreja izquierda —explicó Kennedy—. Parece como si hace años la hubieran agredido con un estilete. Nada grave, porque luego cicatrizó, pero ha quedado la marca. La piel que le han arrancado todavía la conservará.

Poland examinó la fotografía.

En efecto, era como una pequeña cicatriz en forma de cruz. Apenas nada. Hasta daba cierta gracia, cierto exotismo al rostro de la artista. Pero esa huella casi inapreciable, ¿adónde les podía conducir?

A ninguna parte.

Poland soltó la fotografía mientras temblaban sus dedos y balbució:

—No comprendo nada, Kennedy. Es como si de pronto, en un lugar oculto de Londres, se hubiesen abierto las puertas del infierno...

CAPÍTULO X

—¡QUÉ extraño! ¿Qué hace esta habitación tan absolutamente pintada de rojo?

Sybil había abierto los ojos. Sus facciones estaban muy pálidas. Su mirada extraviada paseó por la estancia.

—No tiene sentido —murmuró.

Un vaso que contenía un líquido claro apareció en su campo visual.

—¿Por qué? —susurró una voz.

—Parece... parece la entrada del infierno...

La enfermera Sanders se sentó en el borde de la cama donde estaba tendida Sybil.

—Ha estado sin sentido muchas horas —murmuró—. Toma, beba este tónico; es un preparado que le sentará muy bien.

Sybil se llevó un momento la mano derecha a los ojos.

—¿He estado mucho tiempo sin sentido por una simple caída? ¿Cómo es posible?

—No ha sido solo por la caída; le administré un calmante y ha dormido muchas horas. Este tónico es precisamente para que se le quite la pesadez de la cabeza. ¿La tiene pesada, verdad?

—Sí, mucho.

Sybil bebió el líquido, y casi inmediatamente se sintió mejor. No cabía duda de que la enfermera Sanders era una mujer que conocía su oficio.

—Me... me duele mucho la pierna —susurró la muchacha.

—Ya lo he imaginado, y por eso le di el calmante. ¿Sabe...? Mientras estaba dormida, la ha visitado un médico.

—¿Quién...?

—El doctor Morgan. Le retiraron la licencia hace dos años a

causa de un descuido en una operación, y desde entonces ejerce sin permiso. Usted me pidió que le pusiera en contacto con un hombre así para cuidar de su pierna.

—Desde luego... Le repito que he perdido la fe en todos los demás —musitó Sybil—. Pero no me haga perder también la fe en este... ¿Es que tiene algún procedimiento que lo diferencia de los otros?

—Claro que sí. El doctor Morgan es especialista en centros nerviosos, y la lesión de usted, sin duda, es de esa clase. Externamente se aprecia poca cosa. El doctor Morgan cree que puede tratarla, pero no le ofrece garantías. Todo depende de la confianza de usted.

—¿Qué tratamiento va a hacer? ¿Alguna operación?

—No, no, nada de eso. Simplemente le administrará inyectables. En una semana cree que puede notar los efectos.

Sybil sonrió con alivio.

Parecía como si le hubieran quitado un enorme peso de encima. Diríase que se aferraba a la esperanza de la curación —aunque esta llegase por caminos inciertos— como el náufrago se agarra a la tabla que flota, venga de donde venga.

—¿Voy a quedarme en esta casa?

—Mientras dure el tratamiento, sí.

—Le pagaré los gastos, no tema.

—Poca cosa voy a pedirle. Mejor dicho, no le pediré nada, puesto que aún le debo los honorarios de su defensa. Vaya una cosa por otra.

—¿Y el doctor Morgan?

—No creo que tenga unos honorarios muy elevados. A pesar de haberle sido retirada la licencia, no le falta trabajo. El caso de usted le interesa, y lo llevará adelante por muy poco dinero.

Sybil se sentía muy cansada.

Paseó un momento su mirada por aquella habitación tan absolutamente pintada de rojo, aquella habitación que le había producido la fantasmal sensación de ser la entrada del infierno.

—¿Por qué está pintada así? —musitó.

—No le gusta, ¿verdad?

—Me produce una sensación... de angustia.

—A mí tampoco me gusta —dijo la Sanders—, pero no vale la pena de que me gaste el dinero en cambiarla, puesto que la casa no es mía y además estaré muy poco tiempo aquí. La habitación ya estaba pintada de este modo el día que yo entré. Casi coincidí en la puerta con la señora Mott, la dueña de la casa que me la había alquilado amueblada, y con su huésped el señor Marlon.

El señor Marlon vivía aquí y era él quien había hecho pintar la habitación de rojo.

Sybil se estremeció.

No supo por qué.

Pero otra vez volvía a tener aquella absurda, increíble sensación de estar en una de las entradas del infierno.

La enfermera Sanders parecía envejecida esa mañana.

Diríase que estaba tan preocupada como ella.

—Del señor Marlon me despedí entonces definitivamente —dijo—. Nunca más ha existido.

Sybil sintió que se le crispaba la garganta.

—¿Qué... qué dice? —barbotó.

—Fue una desdichada casualidad. La señora Mott me lo presentó en la puerta y me dijo que el señor Marlon había sido su huésped durante bastante tiempo, pero que al alquilar yo la casa, él se despedía también porque no le parecía correcto vivir bajo el mismo techo que una mujer todavía joven. He de decir que el señor Marlon tendría unos cincuenta y cinco años y se conservaba muy bien. Me pareció que su postura al abandonar la casa era muy correcta. Nunca pude imaginar que moriría al cabo de dos minutos de estrecharle yo la mano.

—¿Mo... moriría?

—Sí. Fue al cruzar la calle. Un autobús suburbano pasaba en aquel momento a no demasiada velocidad. El señor Marlon cruzó la calle inesperadamente y... Lo peor fue que el suelo estaba resbaladizo, como lo está tantas veces en Londres. De otro modo, el autobús hubiera podido frenar. Pero dio un tremendo golpe al señor Marlon y lo mató en el acto. Nunca olvidaré aquella escena.

Sybil había cerrado un momento los ojos, para no ver aquel obsesionante color de infierno.

Se sentía terriblemente cansada.

—Como el señor Marlon no tenía parientes, fuimos al entierro la señora Mott y yo —añadió la enfermera Sanders—. Una cosa tristísima, casi alucinante... Llovía sobre Londres esa tarde, cuando lo acompañamos las dos solas al cementerio cercano a Wembley. Y allí sucedió una cosa terrible: el ataúd resbaló del coche y se abrió. El cadáver por poco salta. ¡Y se le abrieron los ojos! Nunca podré olvidar tampoco aquello. Lo más increíble era que... Bueno, el ataúd no estaba tapizado interiormente de blanco, como es costumbre, sino de rojo. Yo no lo sabía. Me parecieron increíbles la calma, la tranquilidad de la señora Mott... Hasta parecía como una hipnotizada en trance. Sonreía de una forma extraña... Diríase que estaba en otro mundo. Creo que me desmayé, haciendo el ridículo, pues la verdad es que una enfermera tendría que ser menos impresionable. Me atendieron en el mismo botiquín del cementerio y luego volví a esta casa. Desde entonces, no me había acordado del señor Marlon... hasta ahora.

Sybil respiraba muy quietamente. Y no porque estuviera calmada, sino por todo lo contrario. ¡Porque le daba miedo respirar! Sus ojos alucinados recorrieron las paredes espectacularmente pintadas de rojo.

—Señorita Sanders... —musitó.

—¿Qué?

—No me diga una cosa.

—¿Qué es lo que no he de decirle?

—No me diga que esta era la habitación en que estaba de huésped el señor Marlon.

La enfermera desvió la mirada.

Parecía terriblemente confusa.

—Sí que lo es —dijo—. Fue el propio señor Marlon quien se hizo pintar la habitación de ese color.

—¿Y estos... son sus muebles?

—No exactamente. No son sus muebles, puesto que pertenecen a la señora Mott como todos los que hay en la casa. Pero son los que el señor Marlon usó cuando estaba vivo.

Los ojos extraviados de Sybil los recorrieron.

Muebles de otra época. Muebles victorianos, sólidos y honrados, muebles hechos para durar varias generaciones, pero que tenían un

no sé qué de siniestro y hasta de patético.

¿Cuántas manos los habían tocado? ¿Hasta qué punto conservaban el alma de los que vivieron entre ellos? ¿Qué relación tuvieron con el misterioso señor Marlon, el del ataúd tapizado de rojo?

—Señora Sanders... —musitó, con voz temblorosa—, ¿por qué me ha dado esta habitación?

—No lo he pensado... Ha sido una cosa maquinal, puesto que se trata de la habitación de huéspedes de la casa y es la más independiente de todas.

Las manos de Sybil arañaron el cobertor de la cama.

—Señora Sanders... o, mejor dicho, señorita Sanders... Le ruego que me saque de aquí.

—¿Por qué?

—Habrá otras habitaciones en la casa, ¿no?

—Desde luego que sí. La casa es grande, pero yo había pensado que aquí estaría más independiente y más cómoda. La ventana tiene hermosas vistas, sobre el parque.

—Es cierto, pero... le confesaré una cosa, señorita Sanders. Algunos parques de Londres me parecen siniestros.

—Lo que ocurre es que esta habitación la asusta. Diga la verdad.

—Es cierto, me asusta. Ya se lo he dicho antes. Hay en ella algo que recuerda la entrada del infierno.

La enfermera se mordió nerviosamente el labio inferior.

—No le quito la razón, Sybil. Yo también estoy asustada y por eso muy pocas veces había vuelto a entrar aquí. Y mi caso aún es peor que el suyo. Yo estoy asustada por otras cosas.

—¿Cuáles?

—¿Y lo pregunta, usted que me defendió? Ha quedado bien probado que otra persona logró sustituirme, que engañó a la pobre Molly. Y que conocía nuestros planes de evasión, puesto que le telefoneó el día en que yo estaba libre de servicio, pidiéndole que aguardase en el consultorio y que no comentase con nadie una palabra.

—Sí —dijo Sybil pensativamente—, son cosas que están probadas.

—Gracias a ellas no me acusaron de secuestro, pero acabarán

echándome del hospital penitenciario de Dartmoor. ¿Sabe que me han abierto un expediente? En fin, esas son cosas que no deben preocuparle a usted. Solo le digo que estoy asustada y que casi me alegra de que se quede aquí, Sybil, porque me sentiré menos sola. La cambiaré de habitación inmediatamente. ¿Puede andar?

Sybil se incorporó en la cama y puso tímidamente los pies en el suelo.

—Parece que me duele menos —susurró.

—Entonces venga conmigo. La acompañaré a la habitación de abajo, que también es independiente y tiene mucha luz. Este lugar donde vivió Marlon lo cerraremos para siempre.

Sybil se estremeció.

La enfermera la miraba con curiosidad.

—¿Por qué se estremece? ¿Qué le pasa?

—Es que al hablar de cerrar para siempre esto, me ha parecido que... en fin, que se refería a una tumba.

—No sea tan impresionable, Sybil, y no se tome las cosas así. Es un buen consejo.

—¿Qué cree que puede ocurrirme?

—Tengo experiencia. No olvide que en el hospital penitenciario de Dartmoor la mayoría de las chicas están mal de la azotea. Y usted podría acabar volviéndose loca.

Sybil se apoyó en la pared para caminar. Sus facciones se habían vuelto de un extraño color gris.

—Es increíble —musitó—. Siento los mismos temores que cuando era niña y me metía en un portal oscuro. Yo que soy abogado, que debería estar por encima de todas esas estupideces... Pero no puedo. Y sin embargo comprendo que usted me ha aconsejado bien, señorita Sanders. O dejo de pensar en todo esto o acabaré volviéndome loca.

—El primer paso es alejarse de esta habitación. Venga, acompañeme y procure no caerse otra vez.

Descendieron por la escalera a la planta baja, pues la casa tenía dos pisos como casi todas las de la zona. Arriba el silencio y el frío eran casi sepulcrales, mientras que abajo había un cierto calor de hogar. Los leños ardían alegremente en la chimenea, y un gato runruneaba cerca del fuego, manteniendo entre sus dientes una tira

de lana de labores, con la que jugaba de vez en cuando. Parecía un anuncio. Era estimulante y hermoso como un anuncio.

—Esta habitación le gustará más. Véala, Sybil.

Era una habitación más moderna. Allí debió haber vivido una jovencita en otro tiempo, porque los muebles eran claros. La luz del parque entraba por las ventanas.

—Es mucho mejor que la otra —murmuró Sybil—. ¿Cuándo empezará el tratamiento el doctor Morgan?

—Esta noche o mañana. Todo depende del estado psicológico de usted, que deberá estar muy tranquila. De modo que acuéstese enseguida y piense en cosas alegres. Le serviré la cena en la cama y le daré un calmante.

—Demasiadas molestias, señorita Sanders.

—¿Por qué? No olvide que soy enfermera. ¿Tiene mucho apetito? ¿Quiere algo sólido?

Sybil hundió la cabeza, mientras decía apesadumbrada:

—Sería incapaz de comer nada. Solo quiero un vaso de leche.

La enfermera Sanders hizo mi gesto de desagrado, pero no se atrevió a contradecirla. Le preparó, no exactamente un vaso de leche, sino una especie de ponche muy fuerte, con dos huevos batidos. Y una hora después, tras haber tomado el calmante, Sybil descansaba al fin tranquila. Descansaba beatíficamente.

* * *

Fue aquel rumor leve de pasos lo que la despertó. Aquel susurro que no venía del suelo, sino del techo.

Sybil abrió los ojos.

La luz de la luna...

La luz de la luna atravesando las misteriosas sombras de Regents Park y entrando en su habitación, como una mano de plata. Y la ventana entreabierta que hacía «clac, clac, clac» a impulsos de la brisa. ¡Una ventana por la que cualquiera podía entrar!

Sybil se estremeció de horror.

¿Cómo no se había dado cuenta?

Pero enseguida comprendió que no era culpa de nadie. Sin duda la ventana estaba encajada cuando ella ocupó la habitación, y luego

la fuerza del viento la había abierto. Aquello producía el monótono ruido. Pero no era eso lo que la había despertado.

Era en el piso de arriba.

Alguien se movía... ¿se movía en la habitación pintada de rojo!

Sybil sintió que un sudor frío corría por sus facciones.

Era ridículo.

¿Por qué tenía miedo ella, una mujer que ya había pasado por tantas cosas? ¿Por qué buscaba una explicación sobrenatural a todo? ¿Por qué no se atrevía ni a moverse de la cama?

Pero no pedía seguir así.

Cualquiera que saltase la valla, viniendo desde el parque, la vería.

La luz de la luna penetraba hasta los últimos resquicios de la habitación.

Y Regents Park... ¡era tan solitario! ¡Era tan misterioso cuando lo cubría la noche!

Sybil se deslizó fuera de la cama.

Apoyó con cuidado los pies en el suelo.

Temblorosamente se acercó a la ventana y la cerró. Luego bajó las persianas para que nadie pudiese verla.

Pero su miedo no desapareció. Alguien seguía moviéndose arriba, con un caminar monótono y lento, como si pasease.

Sybil tenía el cuerpo bañado en sudor.

Se metió de nuevo en la cama y trató desesperadamente de no ver, de no oír, de no pensar en nada...

Los pasos, monótonos y lentos, cesaron poco a poco.

CAPÍTULO XI

—SEÑORITA SANDERS...

—¿Qué, Sybil?

La luz neblinosa entraba en la habitación. Era una típica mañana de Londres, una de esas mañanas que la falta de alegría tienen dulzura. Se estaba bien en el silencio de la casa, roto solo de vez en cuando por algún autobús de los que pasaban contiguos al parque.

—¿Qué pasa, Sybil? Se ha quedado de pronto abstraída mirando a la ventana. ¿No iba a preguntarme algo?

—Sí. Perdone.

—¿Qué es? ¿No ha descansado bien?

—Mejor de lo que esperaba, pero hay algo que no acabo de entender. ¿Usted se movió anoche por la casa?

—¿Cómo...?

—Quiero decir que si fue para algo a la habitación del señor Marlon. A la habitación pintada de rojo.

Las manos de la enfermera temblaron ostensiblemente.

Tuvo que dejar en mía mesa la bandeja que llevaba, para que no se le cayese.

—No acabo de entenderla, Sybil. Como recordará, le dije ayer que no entraba en esa habitación para nada. Me impresiona incluso de día. ¿Cómo voy a entrar en ella de noche?

—Pues... alguien caminaba.

La otra se mordió el labio inferior. Parecía contener a duras penas sus nervios.

—Sybil, le ruego que medite sobre lo que dice. Le recuerdo nuestra conversación de ayer. Solo de usted y de su buen sentido depende el que no acabe por volverse loca.

—Le estoy hablando con completa serenidad y después de haberlo meditado durante horas, señorita Sanders. La habitación que ahora ocupo, ¿cae exactamente debajo de la que tuvo el señor Marlon?

—Sí.

—Pues entonces no hay duda. He oído las pisadas en el techo. ¡Alguien caminaba por ella!

—No diga tonterías, Sybil. No hable de cosas que no existen. Nadie se movió por allí.

—Pudo... ser un ladrón.

—Ya me doy cuenta de que está intentando buscar una explicación lógica, Sybil, pero la explicación lógica no existe por ese lado. La habitación a que se refiere está cerrada con llave y la llave la guardo yo. Además, no han robado nada en la casa, y eso que hay algunos objetos de valor. No, no ha entrado nadie.

Sybil parecía completamente hundida.

La muchacha animosa que se negaba a dejarse vencer por la adversidad, parecía haberse esfumado. En su lugar solo quedaba una chica enferma que no podía valerse por sí misma.

—¿Dice que tiene usted la llave, señorita Sanders?

—Sí, aquí está.

Y le mostró un llavero que acababa de sacar de uno de sus bolsillos.

—¿No hay otra?

—¡Por Dios, Sybil, reaccione! ¡Mi obligación como enfermera es advertirla! ¡No se deje arrastrar por sus pensamientos! ¡No le dé más vueltas a este condenado asunto!

Sybil hundió la cabeza.

—¿Pues qué explicación tiene todo esto? —murmuró—. ¡Yo lo oí perfectamente! ¡Le juro que lo oí!

—¿Explicación? Hay una.

Sybil la miró ansiosamente.

—¿Cuál?

—El calmante que le di anoche por orden del doctor Morgan es un poco alucinógeno. Supongo que físicamente se encuentra hoy un poco mejor.

—Sí, eso es cierto —reconoció Sybil—. Anoche me tuve que

levantar para cerrar una ventana y yo hubiese jurado que tenía más fuerzas. Claro que estaba tan asustada que no pensé en eso.

—El doctor Morgan ya la está tratando —dijo la enfermera—. Lo de anoche fue simplemente preparatorio, y normalmente no debió causarle ningún efecto. Pero a algunas personas muy sensibles les ha producido vértigos, alucinaciones... Usted puede ser una de ellas.

—¿Cree que...?

—No lo sé; solo trato de buscar una explicación lógica. Como enfermera, pienso que debe haberla. Es más... ¡si le contara! En Dartmoor tuve que atender a dos chicas que cada noche estaban seguras de que hablaban con los muertos.

—Señorita Sanders, yo no soy una muchacha más o menos, delincuente o más o menos débil mental. Soy una abogada que hasta ahora ha tenido la cabeza en su sitio. Usted misma comprobó, cuando tuve que enfrentarme al fiscal, que no era una alucinada.

—Por supuesto que lo comprobé. Fue una magnífica defensa y le estoy muy agradecida; tanto que ahora le devuelvo la moneda y cuido de usted como usted cuidó de mí. Pero hasta la persona más entera puede ser sensible a los efectos de una droga. Las drogas están para eso.

Sybil hundió de nuevo la cabeza.

Parecía declararse impotente para seguir pensando.

—Si ese es el tratamiento del doctor Morgan —susurró—, no sé hasta qué punto debo seguirlo.

—Es un problema de confianza, ya se lo dije. Si usted cree que hombres como Muller lo hacen mejor, vuelva a ellos.

—No, no... El doctor Muller, con toda su eminencia y todas las eminencias de sus ayudantes, me ha hecho sufrir más en un año que en todo el resto de mi vida.

—Entonces no desmaye. Morgan es un hombre que sabe lo que lleva entre manos. No puede desanimarse apenas surge el primer problema.

—Lo comprendo.

—¿Quiere irse de mi casa?

—No, no... Estoy bien aquí.

—Pues entonces cálmese. La segunda fase del tratamiento

empezará esta tarde.

Y la enfermera fue hacia la puerta.

Pero sus manos temblaban ostensiblemente.

Sybil musitó:

—Una cosa, señorita Sanders.

—¿Qué?

—Usted está tan asustada como yo. En el fondo tiene más miedo incluso que yo. ¿Por qué lo disimula?

La otra no contestó.

Solo se notaba por el brillo de su piel que el sudor frío también le cubría la cara.

Se volvió violentamente y cerró la puerta, desapareciendo. Sybil hubiese jurado que, en el momento de atravesar el umbral, la enfermera había ahogado un sollozo.

Y después de aquello el silencio envolvió la casa. El silencio lo ahogaba todo y anulaba sus pensamientos. Sybil quieta como una muerta, sentía en sus párpados el peso del tiempo.

Y por la noche otra vez oyó los pasos encima de su cabeza. Otra vez captó aquellos pasos lentos, solemnes, que llegaban desde más allá de las sombras.

CAPÍTULO XII

TODO estaba borroso, como envuelto por la niebla. Desde que la enfermera le administró el primer inyectable, lo veía todo borroso. Hacía sol y sin embargo a Sybil le parecía que estaba flotando entre un banco de brumas.

Su despertar fue muy penoso.

Sufría náuseas.

Se levantó pesadamente, se dio masaje ella misma en la pierna, fue hacia la ducha y estuvo bajo el agua largo rato. Pero ni siquiera eso la despejó.

Era increíble.

Veía los objetos borrosamente, como difuminados entre la niebla.

Cuando el teléfono sonó, tuvo que palpar el aire antes de encontrarlo. El timbre fue para ella mejor guía que sus ojos.

Captó una vez conocida.

—¿Sybil?

—Diga, señorita Sanders.

—Estoy en el trabajo. Esta mañana, muy temprano la he dejado a usted dormida. ¿Cómo se encuentra?

—No muy bien.

—¿Qué le pasa?

—He sentido náuseas, pero no es eso lo peor. Creo que la pierna me duele más. Y veo las cosas... ¡veo las cosas como si estuvieran envueltas en niebla!

—¿Pero le parece como si cambiaran de sitio o permanecen fijas ante sus ojos?

—Permanecen fijas.

—Entonces no debe alarmarse. Es un efecto del primer

inyectable que le puse anoche, pero pasará enseguida. El doctor Morgan me dijo que había que observar muy bien para saber qué dosis aguanta usted. Siga mi consejo y estese quieta en una butaca. No se mueva para nada.

—¿Cuándo cree que volveré a ver bien?

—Depende de su sensibilidad. De todos modos no creo que esto dure más allá de cuatro o cinco horas.

—¿Y usted? ¿Cuándo volverá usted, señorita Sanders? ¿Cuándo?

—No se excite. Ya le dije que, a pesar de haber sido absuelta en el juicio, puesto que se probó que otra mujer había ocupado mi lugar, me estaban haciendo un expediente para despedirme.

—Es cierto; me lo dijo.

—Por lo tanto, no puedo jugar. He de portarme mejor que nunca. En otras ocasiones hubiera salido antes del cambio de turno, pero ahora no podré hasta las seis. Hágame caso: estese quieta y no se preocupe por nada. Vea la televisión.

—¡Pero si no puedo! ¡Si todo lo distingo como si estuviera envuelto en brumas!

—¿Tan fuerte es eso?

—¡Por favor, señorita Sanders! ¡Hágame caso! ¡No estoy bromeando!

—Ya sé que no bromea, pero sus nervios le están jugando una mala pasada. Veré si puedo estar ahí antes de las seis, pero si no puedo no se preocupe. Y, ¡por Dios!, estese quieta.

La comunicación fue cortada.

Sybil miró en torno suyo como una alucinada.

Solo distinguía los objetos borrosamente.

Iba a tientas.

Jirones de niebla... Más jirones de niebla...

¿Pero qué le estaba pasando a sus ojos?

¿Por qué no veía más que pedazos de cosas?

Llegó hasta el borde de la escalera que llevaba al piso superior.

Por allí tenía que haber descendido Marlon tantas y tantas veces. ¿Pero por qué pensó en él? ¿Por qué pensó en el hombre que tenía la habitación completamente pintada de rojo?

Un estremecimiento la recorrió.

La entrada del infierno...

Bueno... ¡qué tontería!

Sybil asió el pomo con el cual se iniciaba la baranda de la escalera. Su mano temblaba de tal modo que le resbalaban los dedos. No llegaba a distinguir nada de lo que había en el piso superior. El final de la escalera pertenecía para ella al mundo de la niebla.

Sí... La entrada del infierno... ¡Qué tontería!

Pero volvió a estremecerse.

¿Tontería? ¿Y quién sabe en realidad dónde están las entradas del infierno?

¿Por qué esas entradas han de estar en otro mundo? ¿Por qué no pueden encontrarse en este? Los muertos deben saber dónde están esas entradas, pero no lo cuentan...

¿Y si Sybil hubiera descubierto una de ellas?

Sus párpados temblaban.

Cada vez veía peor.

Empezó a ascender la escalera silenciosamente.

Y entonces ocurrió aquello. Entonces Sybil vio bajar hacia ella aquella especie de rayo de luz.

Aquel reflejo que era el de la propia muerte.

* * *

Solamente sus reflejos la salvaron. Su juventud hizo que los músculos obedecieran de una manera maquinal, en el momento preciso, cuando ya estaba a mitad de la escalera. Porque de pronto se dio cuenta de lo que significaba aquella especie de rayo de luz.

Era una jabalina.

Un arma afilada como un puñal y que iba a atravesarla de parte a parte.

Sybil cayó hacia abajo, rodando por los peldaños; acababa de ver la jabalina, pero no a la sombra borrosa que la había lanzado. La muchacha gimió al llegar abajo, mientras sentía un sordo dolor en todos sus huesos, pero se dio cuenta enseguida de que no sufría ninguna lesión de importancia. No tenía que pensar en aquello.

Además, ahora cada segundo contaba.

La jabalina acababa de clavarse, tremolando, en una de las paredes del vestíbulo.

Y la sombra borrosa descendió.

¡Iba a repetir el golpe!

¡Sybil no podía ver apenas nada! ¡Estaba perdida!

Gateó, mientras hacía un esfuerzo terrible para ponerse en pie. Pero sus músculos no le respondieron esta vez. La caída por las escaleras hacía que le doliese todo el cuerpo.

Raaaac...

Un leve roce.

La jabalina acababa de ser arrancada. Ahora su misterioso enemigo ya la tenía de nuevo. ¡Y Sybil apenas podía verlo!

Solo una sombra borrosa, una especie de silueta fantasmal que se movía como esas imágenes de las pesadillas.

Ni siquiera sabía si era hombre o mujer. Solo vio una masa gris que avanzaba hacia ella.

¡Y otra vez el brillo de la jabalina!

¡Era el fin!

Otra vez su juventud la salvó, sin embargo, cuando sus músculos se contorsionaron con esa fuerza que da la desesperación. Saltó de costado y su cabeza pareció estallar contra la pared. La jabalina la rozó de tal manera que le atravesó parte de la falda del vestido, dejándola y prácticamente clavada en el marco de una puerta

Sybil intentó huir. Todo su cuerpo se tensó en un desesperado intento.

Oyó el ruido de la tela del vestido al rasgarse pero no pudo escapar del todo. Vio aquella silueta gris, surgida del fondo de la nada, que se acercaba hacia ella

Iba a desclavar la jabalina de nuevo.

¡Y no fallaría esta vez!

Entre la confusión de su cerebro, Sybil se dio cuenta de que aquel misterioso personaje no usaba armas de fuego para no hacer ruido y no alarmar al vecindario. Por lo tanto, la muchacha aún podía salvarse si gritaba con todas sus fuerzas.

Pero solo un ronco gemido partió de su garganta.

Se dio cuenta con horror de que... ¡no podía gritar!

¡Lo mismo que le hacía ver sombras borrosas le impedía usar las cuerdas vocales con fuerza!

¡Era aquella maldita droga!

Chocó contra un mueble. Las figuras se hacían cada vez más borrosas para ella.

Y fue entonces cuando sonó el timbre de la puerta.

Alguien llamaba insistentemente. Sybil vio que la silueta borrosa, gris, se alejaba con toda rapidez.

La muchacha respiraba afanosamente.

Logró dar un tirón más.

La falda se desgarró por completo y ella quedó libre. Fue vacilando hacia la puerta.

El que llamaba, fuera quien fuese, le había salvado la vida. Sybil abrió de un tirón.

—Buenos días, señorita. Soy un inspector de la compañía del gas —dijo un hombre del que solo podía ver confusamente la figura.

Y, de pronto, el tipo quedó paralizado.

—Se... se... se... —dijo.

—¿Qué?

—¡Señorita!

Sybil no se dio cuenta de que tenía la falda completamente desgarrada. Ni tampoco se dio cuenta de que lo que se veía a causa de aquello era como para hacer volver la cabeza a un regimiento de granaderos.

—¿Ha tenido algún accidente? —preguntó el inspector, cuando se hubo hartado de mirar—. Tiene la falda rota.

—Sí. Me he caído y me he enganchado con el saliente de un mueble. ¿A qué dice que ha venido?

—Quisiera revisar su contador. Parece que el consumo de gas es exagerado, y eso nos ha hecho pensar que quizá haya alguna anomalía o algún escape.

—Está bien. Pase.

Sybil se daba cuenta de que aquel hombre significaba la salvación para ella.

En cuanto se fuera... ¡la figura borrosa atacaría de nuevo!

Pero la muchacha no estaba dispuesta a quedarse en la casa. Atravesaría la calle e iría a Regents Park. Estaría allí, a la vista de todo el mundo, hasta que regresara la señorita Sanders.

Si estaba sentada en un banco, en un sitio por donde paseaba gente, no se atreverían a matarla.

Sí; esa era su única posibilidad de salvación.

El inspector abrió una puertecilla del vestíbulo y estuvo examinando los contadores. No se dio prisa. Desde allí, inclinado como estaba, disfrutaba también de una magnífica panorámica de las piernas de Sybil.

—Es extraño —dijo—. Hay un consumo de gas muy grande, y sin embargo el contador funciona bien. ¿No han notado ustedes olor? ¿No han tenido ningún escape?

—No. Y hasta le diré que la inquilina de la casa, la señorita Sanders, apenas enciende el gas. Come en el hospital, y por las noches se limita a prepararse la cena.

—En fin... Tal vez vengamos a revisar toda la instalación —dijo el inspector—, pero habrá que observar esto durante otro mes. En todo caso, díglele a la señorita Sanders que de momento no le pasaremos aún ningún recibo al cobro.

—Se lo diré.

—¿Necesita algo más, señorita? Si se ha hecho daño al caer, puedo avisar a un médico.

—Oh, no... Lo que ocurre es que estoy algo mareada. ¿Por qué no me espera un instante a que me cambie y me ayuda a cruzar la calle? Quisiera ir al parque.

—¿No ve usted bien?

—Ya le he dicho que estoy algo mareada.

El hombre asintió, y Sybil fue casi a tientas a su habitación para cambiarse. Mientras abría la puerta, pensó con un temblor en los labios que estaba haciendo el camino de su propia muerte. Durante unos instantes no tuvo la menor duda de que la sombra borrosa la esperaba allí, dispuesta a hundirle la jabalina hasta el fondo de los huesos.

Porque la jabalina —ese era un dato indudable— tenía que volver a estar en su poder. Mientras ella abría la puerta, había tenido tiempo de arrancarla. De lo contrario, el inspector la habría visto.

Pero nadie esperaba a Sybil en la habitación. Esta respiró afanosamente mientras intentaba serenarse, mientras procuraba

que desapareciera de sus ojos aquella niebla fatídica.

Siguió viéndolo todo borrosamente. Buscó a tientas un vestido y se lo puso. Cuando volvió a salir, el inspector clavó en ella una mirada llena de preocupación.

—¿De veras no quiere que llame a un médico? Veo que cojea usted mucho. ¿Se ha hecho daño?

—No se preocupe. Ya cojeaba antes.

Eso era cierto, pero solo en parte. La verdad desnuda era que a Sybil se la veía andar cada vez peor.

—Como quiera... Apóyese en mi brazo, por favor. Yo la ayudaré.

Cerraron la puerta y atravesaron la calle que la separaba de la zona verde de Regents Park. La muchacha eligió un banco desde el cual veía borrosamente jugar a los niños.

—Aquí —dijo—. Aquí estaré bien. Gracias...

—Como usted quiera. Me hubiera gustado serle más útil, señorita.

El inspector se alejó. Sybil se estuvo muy quieta, muy concentrada en sí misma, mientras sentía que los objetos se hacían más claros. Iba recobrando la visión normal poco a poco.

Así la encontró la señorita Sanders, cuando llegó a la casa poco después de las seis. La enfermera estaba tan sorprendida que le hizo docenas de preguntas. Pero Sybil se limitó a decir que se había sentido mareada y por eso había salido al parque.

Aquel horror, aquella sensación de incertidumbre, de angustia y de miedo, los guardaba para ella misma.

CAPÍTULO XIII

KENNEDY entró de nuevo en el despacho de Poland y se sentó frente a este. Sus facciones tenían un raro color gris, igual que las facciones de su jefe. Los dos llevaban ya no sabían cuántas noches sin dormir. Ni aun tomando somníferos de los más potentes podían conciliar el sueño.

Y ambos sabían que lo peor comenzaba ahora.

No habían adelantado un solo paso.

Kennedy era el que traía las fotografías. Con un gesto lleno de cansancio las arrojó materialmente sobre la mesa.

—Lo siento, Poland —musitó—. Los hombres de la Brigada Fluvial acaban de traérmelas.

Los dedos de Poland temblaron al tomarlas.

—¿El Támesis? —musitó.

—Sí. Como las otras.

A la muerta reproducida allí —era una mujer, lo cual se adivinaba fácilmente por sus formas y porque estaba la parte del sexo— le faltaba medio cuerpo. La habían, sencillamente, partido por la mitad, arrojando al río la parte inferior. Lo que aquellas fotos mostraban era atroz, incluso para dos hombres tan experimentados como Kennedy y Poland.

Fue Kennedy el que susurró:

—Ya la he identificado.

—¿Mary?

—Sí, la chica que desapareció, la que estaba empleada con el cuñadito sobón. Todas las medidas coinciden. La edad también. Aquí tenemos la mitad de su cuerpo, aunque la otra mitad dudo que aparezca nunca.

Poland tuvo como una crisis de nervios. Apretó los puños

rabiosamente y se puso a golpear la mesa con rabia hasta que, de pronto, se dio cuenta de que estaba haciendo el ridículo. De que todo aquello era indigno de él.

—Perdone, Kennedy... —musitó—. Creo que voy a tener que presentar la dimisión antes de que me echen.

—No se preocupe; si alguien le comprende perfectamente, soy yo. Estoy en el mismo caso.

—¿Ha pedido ya que los familiares identifiquen los restos?

—Aún no, pero tendré que hacerlo. Antes quería someterlos a un examen técnico.

—¿Y qué hace la Brigada Fluvial? ¿Qué hacen esos pescadores de muertos? ¿Siguen buscando?

—Por descontado que sí. No han perdido las esperanzas de encontrar la otra mitad del cuerpo, pero yo pienso que no aparecerá jamás. Tiene que estar donde... donde está la piel de las otras mujeres.

Poland se llevó un momento las manos a los ojos.

Era un gesto impropio de él.

Pero no se avergonzaba de demostrar cansancio. Realmente estaba destrozado.

Kennedy extrajo de uno de sus bolsillos unos papeles mecanografiados. Los puso sobre la mesa.

—Aquí tiene, Poland —musitó—. Me he hartado de mirar en los archivos y de repasar las colecciones de los periódicos. Nombres y direcciones de personas quemadas en los últimos años, dentro del área de Londres. Aquí están sus domicilios, sus nombres, todo. Hay accidentes, hay intentos de suicidio, hay crímenes... ¡Hay cosas tan horribles que uno tiene que pensar que el infierno existe ya en esta tierra! Pero he creído que era una labor necesaria.

—¿Para qué?

Kennedy se encogió de hombros, imperceptiblemente.

—A esas chicas les habían arrancado la piel, ¿no? Pues, yo pienso que puede tener algo que ver con un caso de quemaduras que se haya producido anteriormente.

Poland se estremeció.

Había allí más de cincuenta nombres y direcciones. Sobre todo en accidentes de trabajo se producen a veces tremendas

quemaduras. Pero también había intentos de suicidio «a lo bonzo». Y hasta algún salvaje ataque lanzando a la cara ácido sulfúrico.

Eso solo en el área del gran Londres. Tomando las estadísticas de todo Gran Bretaña, la lista se hubiera hecho interminable.

El inspector jefe susurró:

—¿Qué es lo que se le ha ocurrido pensar, Kennedy? ¿Que matan a esas chicas para arrancarles la piel y hacer con ella injertos en la cara de una persona quemada?

—Es una posibilidad.

—No la acepto, Kennedy. Las personas quemadas solo admiten injertos de su propia piel. Y esta se obtiene de sitios que no son tan visibles como la cara. Por ejemplo, se obtienen de las nalgas.

—Todos sabemos eso. Pero nadie niega del todo la posibilidad de que en una persona pueda «encajar» la piel de otra. Al menos se siguen haciendo experiencias en ese campo.

—Reconozco que en un sentido teórico es una posibilidad que no podemos desdeñar —musitó Poland—, pero...

—Imagine también el caso de una persona quemada totalmente o casi totalmente. No podría obtener la piel de otras zonas de su propio cuerpo.

—En ese caso habrá que buscar en la lista los quemados casi totales, ¿no es así?

—Casi todos los de esa relación lo son —musitó Kennedy—. Los accidentes de trabajo en que se producen quemaduras parciales son muchos más, pero los he desdeñado. Y no hablemos de los incendios de viviendas. Me he limitado a los casos muy graves, es decir, casos de personas que habían sufrido quemaduras en casi todo su cuerpo.

Poland echó una ojeada a la lista.

Ninguno de aquellos nombres le decía nada.

Por otra parte, era una posibilidad bastante remota. Los nombres de las personas que tenía ante los ojos correspondían al área de Londres. ¿Y los otros sitios qué? ¿No era posible que la persona en cuestión fuera un quemado de Glasgow, por ejemplo?

—Estamos como con el coche —dijo—. Demasiados sitios en que investigar. No será posible llegar a ninguna parte.

—Por lo menos inténtelo, inspector —pidió Kennedy—. Haga un

informe sobre todas esas personas y su situación actual.

—Quizá nos acusarán de meternos en la vida privada de ciudadanos inocentes. Ya se han burlado de nosotros más de diez veces en el Parlamento desde que este maldito asunto empezó.

—¿Por qué no me encargo yo de eso? —musitó—. ¿Y por qué no finjo que lo hago por mi cuenta y riesgo?

—Es un trabajo ímprobo, Kennedy. Para cada uno de esos casos necesitará al menos un día.

—No importa. Puede que tenga suerte y no necesite llegar hasta el final.

—O puede que necesite llegar hasta el final y encima no encuentre nada, Kennedy.

El joven se puso en pie, mientras guardaba la lista.

—¿Sabe que es usted ideal para animar a la gente, Poland? ¿Por qué no me dice que encima me voy a abrasar yo?

Y salió del despacho.

Pero cuando cerró la puerta a su espalda, no estaba tan seguro de que no fuera a abrasarse él también. Al fin y al cabo —eso lo había intuido desde el primer minuto—, aquel era un asunto que bordeaba las fronteras del infierno.

CAPÍTULO XIV

LA enfermera Sanders hizo un gesto de preocupación mientras caminaba de un lado a otro de la pieza con las manos a la espalda.

Parecía una prisionera en su celda.

Su frente estaba partida en dos por una profunda arruga.

Pero Sybil apenas podía verla. Solo distinguía confusamente su silueta que pasaba de un lado a otro. Era como una sombra más negra que se movía entre las otras sombras.

La muchacha hundió la cabeza sobre el pecho y estiró las piernas dificultosamente.

—Parece que me siento peor que ayer —dijo—. Me duelen terriblemente las articulaciones y no veo apenas nada. ¿Qué sucedió exactamente? ¿Qué ocurrió conmigo, después de que usted me encontrara en el parque?

La enfermera Sanders se detuvo en sus incesantes paseos de un lado a otro.

Su sombra quedó fijada en un punto concreto, aunque Sybil la veía de una forma borrosa.

—Seguí el tratamiento —dijo la Sanders—, y le puse otra inyección de las que el doctor había recetado. Pero, la verdad, creí que a estas alturas se encontraría usted mejor. Me siento desanimada.

—No me encuentro mejor, sino peor —insistió Sybil.

—¿Al menos ha dormido bien?

—Sí, eso sí; he dormido como un tronco.

—No me extraña. Le di un calmante muy fuerte.

Volvió a caminar por la habitación con las manos a la espalda y al cabo de unos instantes preguntó:

—¿Ha vuelto a oír aquellos ruidos en la habitación pintada de

rojo?

—No, no he vuelto a oírlos.

—De todos modos, no iré a trabajar —susurró la enfermera—. Me siento responsable de lo que le ocurre a usted. He telefoneado ya diciendo que me acabo de torcer un tobillo.

—¿Y cómo hará mañana para justificarlo?

—Me lo vendaré y andaré como si cojease. No creo que se metan en averiguaciones.

—Gracias, señorita Sanders. Le estoy dando demasiadas molestias. Fue un día de mala suerte para usted aquel en que me estrellé ante la verja de su casa.

—No piense en eso. Todo se resolverá... Veamos: ¿qué hora es? Ya casi las diez... He de ir a hacer algunas compras por aquí cerca. No tenemos nada en casa.

Sybil veía su sombra más confusa cada vez.

De pronto alzó la cabeza.

—¿Es que va a dejarme sola, señorita Sanders?

—¿Pero por qué pregunta eso? ¿Qué miedo tiene? Es de día...

—Para mí es como si fuera de noche, señorita Sanders. Todo lo veo entre sombras. A usted misma apenas la distingo.

—Estaré fuera apenas media hora. ¿Por qué se preocupa? Ni hay nadie más en la casa ni en ese tiempo va a pasar nada.

Se puso un cigarrillo en los labios y lo encendió parsimoniosamente. Sybil apenas distinguió la llamita.

—Con gusto la dejaría en el parque, como cuando la encontré ayer —dijo—, pero está lloviendo.

En efecto, se oía el manso repiquetear de la lluvia en los cristales. Regents Park se estaba cubriendo de niebla. Las viejas casas victorianas tenían un aspecto más cerrado, más íntimo. También más siniestro. Detrás de los cristales algunos rostros escrutaban el silencio del parque, por el que no pasaba nadie. Los gatos estaban quietos en sus refugios, oyendo la lluvia. Y quizá las sombras de todos los asesinos que habían existido en aquel lugar flotaban en el aire, esperando una nueva oportunidad.

Sybil sentía frío en la espina dorsal.

Sentía miedo.

No podía evitarlo.

—Volveré dentro de media hora —dijo la enfermera—. Vamos, anímese... En esta casa puede estar tranquila.

Sybil vio la llamita del cigarrillo ir hacia la puerta.

—¿Y lo de la jabalina de ayer? —preguntó la muchacha, cuando la otra ya casi estaba en la puerta—. ¿No le dije que habían tratado de matarme? ¿Cree que eso es como para animar a alguien?

La mano de la enfermera se estremeció en el picaporte.

—Si hubiera creído su relato ya hubiese avisado a la policía, señorita Sybil —musitó—. Pero todo es debido a los efectos alucinógenos de esas inyecciones. Ni hay jabalinas en esta casa ni en las paredes existía la menor señal de haber sido clavada un arma. Todo son imaginaciones suyas, señorita Sybil.

Y salió.

El chasquido de la puerta al cerrarse produjo en Sybil el mismo efecto que produciría al muerto, si pudiera oírla, la caída de la lápida sobre su tumba.

Trató de ponerse en pie.

Pero le costaba cada vez más porque sus ojos no distinguían apenas los objetos. Fue vacilando hacia una de las mesas. Allí estaba el teléfono.

Disco con gran trabajo el número del Times.

Lo del día anterior no había sido un sueño. Había oído pasos en la habitación superior, en la habitación pintada de rojo. Luego habían tratado de matarla con una jabalina.

Le contestaron desde el Times, a pesar de que a aquella hora no trabajaba aún la redacción.

Sybil pidió que le pusieran con la sección de archivo.

Una vez obtenida la comunicación, pidió al empleado si podía confirmarle un suceso publicado en el periódico tiempo atrás. Pero Sybil quedó cortada cuando le preguntaron la fecha.

No había pensado en ese detalle esencial. Solo conocía el sitio del suceso, que era justamente la calzada frontera a la casa en la cual ella estaba viviendo ahora.

—Lo siento mucho —le dijo el empleado—, pero sin la fecha no puedo buscar nada. Sería una labor de horas, tal vez de días.

—Perdone. Yo había pensado que...

En aquel momento Sybil se estremeció hasta los huesos.

Había sonado una voz junto a ella.

La voz de la señorita Sanders.

Ella había vuelto. Se veía brillar la llamita del cigarrillo en aquella sombra negra que era su cuerpo.

—Ya sé a lo que se refiere —dijo la voz—. Dé la fecha: 17 de marzo de 1971.

Sybil la dio con voz trémula.

En los archivos del Times buscaron el dato. El empleado preguntó:

—Ya tengo la noticia. ¿Qué quiere saber?

—Si un autobús atropelló a un hombre en Regents Park, lado norte, causándole la muerte.

—Sí, en efecto, aquí está. Un hombre de mediana edad. ¿Quiere el nombre?

—Sí, por favor.

—Se llamaba Marlon.

Sybil sintió que el auricular casi resbalaba de entre sus dedos.

Musitó:

—Gracias.

La enfermera Sanders la sujetó con fuerza por el hombro cuando ella hubo colgado. Casi la zarandeó.

—¿Por qué no me creyó? —dijo—. ¿Por qué pensó que yo la había engañado al hablarle de la muerte de Marlon?

—Porque sé que Marlon existe —dijo Sybil, con un hilo de voz—. Porque sé que existe y todavía pasea por arriba, por la habitación pintada de rojo.

—¡Se ha vuelto loca! ¿No le expliqué yo misma lo que había sucedido? ¿Y no acaban de confirmárselo desde el periódico más serio del país?

—Lo sé, pero...

—Creo que será mejor que se vaya de esta casa, Sybil. Sí... será mejor para las dos.

—¿Irme ahora? Si apenas puedo andar... ¡Y apenas veo...!

—La pondré en un taxi y la dejaré donde usted quiera. No me importa que me denuncie.

—Señorita Sanders... ¿por qué ha vuelto?

—Por la sencilla razón de que me había olvidado el dinero, y sin dinero no se compra en este país ni en ningún otro. Y eso me ha dado ocasión para comprobar lo mucho que confía en mí.

—Señorita Sanders, le juro que yo...

La mano que le sujetaba el hombro dejó de apretar. Adoptó una línea más suave y hubo un momento en que casi la acarició con comprensión, con ternura.

—No se lo reprocho —musitó—. Hay tratamientos que deshacen los nervios. Vamos, descanse y no piense en eso. Métase en la idea este pensamiento que es el único pensamiento lógico: Marlon está muerto... Marlon no existe...

La mano se alejó.

La sombra se difuminó entre las otras sombras, hasta hacerse irreconocible. El chasquido de la puerta indicó a Sybil que la enfermera Sanders acababa de marcharse otra vez.

La sensación de soledad penetró en su sangre como un veneno.

Quedó quieta junto al teléfono, sin ver más que confusas sombras ante sí, mientras respiraba anhelosamente.

Y, de pronto, los pasos otra vez.

El leve tac-tac que venía de la habitación roja.

Que venía del infierno...

CAPÍTULO XV

LA muchacha se colgaba materialmente del pasamanos de las escaleras.

Sus ojos no veían más que los tres o cuatro peldaños que tenía casi encima. Lo demás todo eran sombras espesas, inextricables, sombras silenciosas tras las que parecía acechar la muerte.

El ruido no había cesado.

Era más claro y concreto cada vez. Alguien andaba por la habitación pintada de rojo, junto a la cual ya casi se encontraba la muchacha.

Distinguió confusamente la puerta.

Sus manos vacilaban.

Un coro de sombras frenéticas parecía danzar ante los ojos de Sybil.

No lejos de allí, en alguna de las casas vecinas, sonaba un órgano. Era lo que le faltaba a Sybil. Era como la música de su propio funeral. La muchacha sentía que la sangre se le helaba en las venas, mientras sus pies resbalaban por el pavimento.

El pomo de la puerta.

La sensación de vacío.

Se oyó un leve chirrido cuando aquella puerta fue empujada.

Sybil oyó el repiquetear de la lluvia en los cristales.

Y, enseguida, aquella voz tranquila, queda:

—Buenos días, Sybil. Celebro que haya venido al fin a mi mundo. ¿No me conoce? Soy Marlon...

* * *

La muchacha quedó quieta en el umbral de la puerta, sintiendo que sus rodillas vacilaban y que sus párpados se ponían a temblar

frenéticamente.

No veía apenas nada.

Solo las paredes pintadas de rojo.

Más allá la claridad gris de la ventana por cuyos cristales se deslizaba la lluvia.

¿Por qué algunas cosas infunden más miedo de día que de noche? ¿Por qué en todo aquello había algo más siniestro, más pavoroso que una noche de tormenta?

Los ojos de Sybil se esforzaron para llegar hasta el fondo de aquella habitación. Distinguió entonces la silueta negra que debía corresponder a la figura de un hombre. ¡Y encima de esa silueta negra había una mancha blanca!

¡El hombre llevaba toda la cabeza vendada!

¡Marlon, en realidad, no tenía cara!

Sybil tenía la boca tan seca que la lengua se le había pegado al paladar.

De modo que Marlon existía...

Estaba en el centro de aquella habitación, que era como estar en el centro del infierno...

—Sentiré destrozar su preciosa piel —dijo la voz—, pero usted ya ha llegado demasiado lejos, Sybil...

Sybil no vio brillar nada.

Su instinto le dijo que esta vez no emplearían una jabalina ni ningún otro tipo de arma blanca. Esta vez Marlon, si es que era un ser de este mundo, usaría un arma mucho más eficaz.

Una pistola con silenciador.

La muchacha oyó el chasquido del cerrojo al ser montada el arma, dominando incluso los suaves acordes del órgano que llegaban desde la casa contigua.

Se dio cuenta de que la fosa acababa de abrirse para ella. Un par de disparos en un par de segundos acabarían con su vida.

Dio una rabiosa vuelta sobre sí misma. Sus manos tropezaron con la baranda de la escalera.

Sonaron dos leves chasquidos.

Las balas rozaron el marco de la puerta y se empotraron en la pared del otro lado del pasillo. Solo el rapidísimo movimiento de Sybil la salvó. Pero esa salvación era momentánea, porque no

podría escapar a la larga, en aquel reducido espacio, a los disparos de una pistola.

Sus piernas fallaron.

Sus pies encontraron el vacío.

Lanzó un gemido.

Mientras rodaba escaleras abajo, dispararon otra vez contra ella. La bala rozó la alfombra. Sybil se dio cuenta confusamente de que su caída acababa de salvarle la vida, al dar a sus movimientos una rapidez que voluntariamente nunca hubieran tenido.

Se encontró abajo, al pie de las escaleras. Las sombras la rodeaban por todas partes.

Y arriba, en lo alto, había una sombra más espesa que terminaba en una mancha blanca. ¡Aquella mancha blanca era el rostro de Marlon!

La muchacha patinó materialmente por el suelo encerado hasta situarse debajo de una butaca.

La bala casi cambió el mueble de sitio.

El rebote del plomo produjo una leve rozadura a Sybil: esta lanzó un gemido de dolor, aun dándose cuenta de que la herida no tenía importancia. Tomó impulso y se estrelló contra la puerta.

La abrió ansiosamente.

La lluvia le dio en la cara.

Desde lo alto de las escaleras no se atrevieron a disparar más. Ahora podían ver caer a Sybil los que pasaran por la calle, y eso resultaría demasiado peligroso para la fuga del asesino.

La muchacha cerró la puerta a su espalda.

Oía confusamente los ruidos del tráfico frente a ella. Pero apenas veía... ¡Apenas veía...!

Solo las siluetas de los coches, pasando fugazmente. Sus neumáticos producían un leve sonido al patinar sobre el asfalto mojado.

Era una temeridad cruzar la calle en esas condiciones, puesto que la muchacha apenas veía. Pero peor era lo que dejaba atrás.

Se lanzó a ciegas hacia el asfalto, atravesando las finas capas de lluvia.

Sus zapatos, de tacón bastante alto, casi resbalaron. Notó que un brusco golpe de viento le arremolinaba la falda.

Estaba casi en el centro de Londres, en pleno día... ¡y sin embargo tenía la sensación de haber salido del infierno!

Alguien la tomó por el brazo.

—Señorita, ¿le pasa algo?

Sybil se estremeció.

Sin embargo, la voz era suave e infundía confianza.

Miró a su izquierda y vio confusamente a la mujer que la había sujetado cuando se disponía a cruzar temerariamente la calzada llena de coches. A pesar de sus ojos nublados, Sybil vio que se trataba de una joven como ella. Llevaba incluso un vestido parecido: un vestido azul claro, con un jersey ligero.

—Dígame... ¿le pasa algo?

—Gracias —musitó Sybil—. Es que veo muy mal...

—¿Y no lleva usted gafas?

—Las he perdido —musitó la muchacha para no tener que dar explicaciones—. Precisamente iba a pedir que me trajeran otras. ¿No hay ninguna cabina telefónica por aquí?

La joven que la estaba ayudando la miró con cierta sorpresa. Pero de todos modos se notaba que, fuera por la razón que fuese, Sybil necesitaba ayuda. Por eso musitó:

—Hay una cabina telefónica en el interior del parque, junto a un sendero. ¿Quiere que la acompañe?

—Sí, por favor...

—Sujétese a mí. Vamos a cruzar.

Ahora Sybil se sintió salvada. Y ahora ya sabía tantas cosas que podía permitirse llamar a Scotland Yard y pedir que la pusieran con Ben Kennedy.

Tuvieron que caminar bastante sobre la hierba húmeda del parque hasta alcanzar la cabina telefónica. Sybil se dio cuenta de que estaba junto a un sendero por el que pasaban muy pocos coches y de tarde en tarde. Eso a juzgar por el ruido, ya que apenas los veía. Bruscamente, la volvió a acometer aquella sensación de soledad, aquella sensación de miedo.

Ella no conocía a la muchacha que la acompañaba. Y apenas había podido verla.

La cabina telefónica quizá era una trampa mortal.

—¿A quién quiere llamar? —preguntó la voz.

—A Scotland Yard. Aquí tiene unas monedas para el automático.

—¿No me ha dicho que necesitaba unas gafas? ¿Y va a pedir las a Scotland Yard?

—Por favor... disque este número —Sybil extrajo urna agenda en que estaba anotado. Era el primer número de todos—. Aunque ya ha hecho bastante acompañándome hasta aquí. Puedo valerme yo sola.

—Oh, no me cuesta ningún trabajo... Espere aquí, junto a la cabina. Cuando me contesten la llamaré. No cabemos las dos, ¿sabe?

—Lo comprendo... Muchas gracias.

Sybil se apoyó en una de las paredes de cristal.

Ante ella tenía las manchas confusas de los árboles del parque, unas manchas que le daban más miedo cada vez. Tras su espalda estaba la cabina, y más allá el sendero por el que pasaba algún coche de vez en cuando.

Sybil respiraba afanosamente.

No veía con claridad. Al contrario, sus ojos estaban cada vez más turbios. Pero eso hacía que sus otros sentidos, en especial el del oído, estuvieran más afinados cada vez.

Y captó el ruido de aquel coche que se calaba a poca distancia. Y que luego volvía a ponerse en marcha.

Dificultosamente.

El demarré fallaba.

Pero el motor era potente.

La muchacha sintió frío hasta el fondo de sus huesos.

Luego ya no oyó nada más.

Solo el ruido de la lluvia que arreciaba a cada momento y que la estaba calando.

¿Pero por qué la otra chica tardaba tanto? ¿No había podido comunicar aún con Scotland Yard? ¿Por qué no la avisaba?

Sybil notó que otra vez le faltaba el aire en los pulmones.

No sabía bien dónde estaba la puerta de la cabina y por eso la rodeó casi. Al fin la encontró. La empujó suavemente. Y sus manos palparon el cuerpo de la otra muchacha. ¡Su cuerpo muerto dentro de la cabina!

Un silencio aterrador se hizo en el cerebro de Sybil.

Estuvo a punto de caer ella también. Todas las funciones de su cuerpo parecían haber cesado. No era más que un bulto que basculaba sobre sus pies.

Los dedos, al dejar de tocar a la muerta, chocaron con la pared de cristal de la cabina, la que daba al sendero. Y allí encontró la trágica explicación: había un orificio de bala. A la muchacha que llamaba le habían disparado con silenciador desde el sendero, confundiéndola con ella.

Tenía que haber sido el coche que arrancaba mal.

El mismo que se llevó a Molly, la ciega.

Ella había tenido que oír la cinta magnetofónica para preparar la defensa. El sonido de aquel motor era para Sybil tan habitual como para los técnicos de la policía.

Estuvo a punto de pedir socorro con todas sus fuerzas. Salió de la cabina, chocó con ella y se tambaleó.

El silencio, un silencio espeso y hostil, se había hecho de nuevo.

Ya no se oía ni el choque de la lluvia.

Sybil fue directa hacia el sendero. Se movía entre las sombras como una borracha. Pero ahora sus ojos ya se habían habituado un poco y distinguía mejor las siluetas de los coches.

Cuando llegó al borde del sendero había tomado una decisión.

Una decisión casi suicida, pero que seguiría hasta el final. Si había empezado sola aquella maldita aventura, la terminaría sola. Los hombres de Scotland Yard no conseguirían nada obteniendo una orden judicial y registrando oficialmente aquella casa.

Pero para eso aún necesitaba hacer una última comprobación. Una comprobación que ya hizo una vez y que ahora necesitaba repetir para estar segura.

Se dirigió hasta el borde norte del parque. Sabía que allí estaba a muy poca distancia de la casa. Distinguió la forma confusa de un viejo «Austin» de los que se emplean como taxis.

Le hizo una seña para que parara y pidió al conductor que la llevara al hospital penitenciario de Dartmoor. Desde allí pidió que la devolviera otra vez al sitio donde la había recogido, pero utilizando el camino más corto.

Y entonces lo comprobó de nuevo.

El aullido esporádico de la sirena.

No necesitaba ver nada.

Sabía que pasaban junto a la zona donde se concentran los remolcadores del Támesis.

Captó también el otro ruido.

La cinta magnetofónica lo había recogido perfectamente bien.

El mudo del semáforo que crujía al cambiar de luz.

El taxista murmuró:

—Ya está, señorita. La he traído por el camino más corto. Son dos libras.

Sybil pagó, mientras pensaba que acababa de averiguar con seguridad algo que la policía no sabía aún.

Acababa de hacer el camino por el que fue traída Molly, la muchacha ciega.

¡Molly había desaparecido en aquella casa!

CAPÍTULO XVI

CUANDO el taxi se hubo alejado, Sybil pestañeó mientras avanzaba poco a poco hacia la puerta. Ahora ya veía un poco mejor. Notó que todo estaba igual. La puerta cerrada, la casa tranquila...

Tranquila como una tumba.

Pero había algo que no concordaba, y por eso Sybil acababa de hacer una nueva comprobación: la cinta indicaba sin lugar a dudas que el coche conduciendo a Molly había entrado en un garaje de puerta levadiza, y la casa ante la que estaba Sybil no tenía ningún garaje de esa clase. Eso era lo que no concordaba, pero la muchacha, de todos modos, decidió seguir hacia adelante.

Rozó la puerta.

Se había tragado su propio miedo.

La sensación de que estaba al borde de descubrir el propio infierno le daba un extraño valor.

Seguramente acababa de ser descubierta la muchacha muerta en la cabina telefónica, porque se oía a lo lejos ruido de sirenas. Pero en torno a la casa todo era calma y silencio. Sybil empleó una horquilla para abrirla puerta.

Su contacto con algunos criminales a los que defendió en otro tiempo le había dejado como recuerdo varias habilidades de ese tipo.

El silencio vino a su encuentro.

Un silencio pegajoso, denso.

Parecía brotar de las propias entrañas de la casa.

Sybil seguía viendo mejor cada vez, aunque solo distinguía las siluetas de los muebles y, al fondo, las paredes. Antes, en cambio, tropezaba con los objetos sin verlos. Distinguió las escaleras, pero

distinguió también algo que le llamó mucho más la atención.

El gato.

Sybil ya había notado desde el primer momento que la señorita Sanders tenía un gato. Eso, en una soltera ya algo mayor como ella, empezaba a ser natural. Era un gato mansurrón y friolero, un gato señorial que parecía arrancado de la misma época de los muebles victorianos. Pero ahora el animal estaba quieto. Rascaba una de las paredes al pie de la escalera.

Sybil se estremeció.

Comprendió lo que aquello significaba.

¡En aquella pared tenía que haber una puerta falsa! ¡Y el gato había visto a alguien aparecer y desaparecer por allí!

La muchacha avanzó poco a poco.

Palpó la pared.

Sus dedos hábiles recorrieron todos los relieves, todas las junturas.

Y al fin dieron con algo.

Era apenas un saliente en un relieve que adornaba la pared. Aquel saliente cedía.

Sybil lo movió.

La pared, frente a ella, cedió silenciosamente. El gato se coló por el hueco que ya antes había visto. La muchacha siguió adelante mientras notaba que el suelo, bajo sus pies, formaba una rampa descendente.

La lengua se le había vuelto a pegar al paladar.

Ahora lo comprendía.

La calle situada al otro lado tenía un nivel algo más bajo.

Y las dos casas se comunicaban.

La de una calle —o sea en la que vivía la enfermera Sanders— con la casa que estaba en la calle paralela. La espalda de una daba a la espalda de la otra. Y aquella comunicación subterránea era un ligamen secreto entre las dos.

Sybil sintió el sudor helado en sus manos en su cuello.

Estaba segura de que la otra casa, hacia la cual iba ahora, tenía un garaje con puerta levadiza.

El pasillo seguía descendiendo.

La rampa se hacía más pronunciada cada vez.

Aparte el hecho de que las casas pudieran estar a distinto nivel, la acusada pendiente indicaba que Sybil iba en línea recta hacia un sótano. Solo podía ver un pasillo de paredes de cemento, iluminado de trecho en trecho por bombillas amarillentas.

De pronto un olor muy peculiar hirió su olfato.

Era un olor penetrante.

Se colaba hasta el fondo de los pulmones, los irritaba e irritaba también todas las vías respiratorias. Las hacía lagrimear.

Sybil sintió que se hacía más angustioso el sudor frío en su piel.

Era olor a formol.

¡El líquido en el cual se conservan los cadáveres!

Las fuerzas le fallaron de nuevo. Estuvo a punto de no atreverse a seguir.

Y en aquel momento oyó un ruido a su espalda.

Era un ruido muy extraño. Como un susurro. ¡Como el de las finas ruedas de una bicicleta!

La muchacha fue a volverse.

Pero ya no llegó a tiempo.

Aquella cosa estaba allí, ocupando toda la anchura del pasillo. Estaba ya encima de ella.

Sybil se estremeció, y sin embargo aquello no causaba miedo. Era, al contrario, la cosa más inofensiva del mundo. ¡Se trataba de una simple silla de ruedas!

¡Una silla de inválida!

¡Alguien la había lanzado a su espalda para que Sybil chocase con ella!

La fuerza que la silla llevaba a causa de la pronunciada rampa, fue suficiente para que Sybil, sorprendida, no pudiese frenarla. Quedó, sencillamente, sentada en ella. Era lo que le hubiese pasado a cualquier otra persona desprevenida, al chocar el asiento contra la parte posterior de las rodillas.

Y la silla siguió su camino.

El pasillo era espantosamente recto.

La rampa más pronunciada cada vez.

Y aquel diabólico cacharro ganaba velocidad como si fuera un coche lanzado.

Sybil intentó frenar las ruedas poniendo las manos en ellas,

porque aquella silla no tenía ningún otro sistema para detenerse. Pero la velocidad era tanta que los radios casi le rompieron los dedos. Tuvo que desistir, con un gemido de dolor.

Entonces fue a estirar un pie y a colocarlo delante de una de las ruedas. No le importaba volcar. Pero justamente cuando iba a hacerlo, se dio cuenta de que llegaba al final del pasillo.

Y aquello la dejó alucinada.

Sin fuerzas.

Por desgracia, ahora... ¡veía demasiado bien!

Y lo que vio, hizo que los ojos se le salieran de las órbitas.

No se acordó ni de mover la pierna.

¡No se acordó ni de chillar!

Había una amplia habitación de paredes de cemento al final del pasillo. Aquella habitación estaba iluminada por una luz cruda y amarilla, por una luz casi espectral de varios tubos fluorescentes. Y en el centro había una pequeña piscina llena hasta el borde de agua y formol. ¡Una piscina en la cual flotaban restos humanos! ¡Por ejemplo, el tronco de una muchacha partido por la mitad! ¡A su cara le faltaba la piel! ¡Y también había un brazo mostrando sencillamente la carne roja!

Para Sybil aquello fue como una alucinación.

Como una serie de terribles estampidos en el cráneo.

Una especie de flash funcionaba allí, entre sus ojos.

Y cada chispazo de aquel flash le enviaba una nueva y espantosa imagen.

¡La piscina de aguas turbias!

¡El tronco de la muchacha partida en dos!

¡La cara sin piel!

¡El brazo que parecía surgir de aquel pozo del horror!

¡La sensación espantosa de muerte!

Porque Sybil se dio cuenta de algo más horrible aún. La silla de ruedas... ¡iba recta hacia allí! ¡Iba a enviarla a ella al fondo de aquellas aguas fétidas!

Desesperadamente intentó frenarla.

Demasiado tarde.

De sus labios escapó un alarido inhumano, un alarido lacerante de horror.

Puso el pie.

¡La silla volcó!

Y Sybil... ¡Sybil se hundió en aquella piscina del horror! ¡Se hundió en aquel pozo de la muerte!

CAPÍTULO XVII

SU último y terrible pensamiento, mientras volaba hacia la piscina, fue este: «¡Cierra la boca bien! ¡Sobre todo no tragues! ¡No tragues! ¡No tragueeee...!»

La sensación de la muerte, del horror, de la fetidez y del vacío, la envolvieron al mismo tiempo.

No tragó.

Llegó hasta el fondo de la piscina y volvió a salir.

Sus ojos testaban terriblemente irritados.

No podía apenas abrirlos.

El formol le abrasaba los pulmones.

Al respirar hondamente fue peor aún. Le pareció que le quemaban hasta las entrañas.

Intentó desesperadamente salir de allí.

Llegar hasta el borde de la pequeña piscina. Al fin y al cabo podía nadar en aquel líquido viscoso.

Pero cuando se dirigía hacia uno de los bordes... ¡un rastrillo la inmovilizó! ¡Una serie de púas la golpearon en la cara!

Sybil se tragó su propio gemido de horror.

Se dio cuenta de que le preparaban una muerte espantosa, una muerte increíble.

Los vapores del formol terminarían ahogándola. La falta de aire puro la dejaría sin fuerzas.

¡Y entonces se hundiría sin remedio!

¡Entonces ella sería allí un cadáver más!

La perspectiva la horrorizó de tal modo que le dio nuevas fuerzas. Intentó llegar como fuese hacia el borde, pero el rastrillo le golpeó en la cara, produciéndole unas gotas de sangre.

—¡Cuidado! ¡No le estropees la piel! ¡La necesito!

Aquella voz masculina había surgido de no se sabía dónde.

Sybil intentó dar media vuelta y nadar hacia el otro lado, pero el rastrillo siguió sus movimientos. La golpeó también por aquel otro flanco.

Y la muchacha quedó desfallecida en el centro de la piscina macabra, nadando en el centro de aquel universo de horror.

Respirar le era cada vez más difícil.

Y también ver.

Sus ojos entrecerrados, llorosos, distinguieron a la enfermera Sanders con el rastrillo. Era ella la que no le dejaba salir.

Llevaba... ¡las manos enguantadas de negro!

Pero Sybil distinguió en ella un detalle asombroso. Sybil se dio cuenta de que en los ojos de la Sanders no había odio. Había algo muy distinto. Algo casi increíble.

¡Una terrible pena!

La Sanders estaba acabando con ella de una forma horrible... Y sin embargo... ¡sentía compasión!

—Esta será la última víctima que te traiga —dijo su voz—. ¡No puedo más! ¡Te juro que no puedo más!

La figura alta del hombre apareció entonces en el campo visual de Sybil. Bordeaba la piscina. La muchacha reconoció a aquel hombre inmediatamente, por su cabeza vendada. Totalmente vendada. Era el mismo que había visto en la habitación pintada de rojo y el que por dos veces había intentado matarla. Porque a Sybil no le cabía ninguna duda de que fue él también quien empleó la jabalina.

La Sanders balbució:

—He hecho esto porque te quiero, Marlon... ¡pero no puedo más! ¡He hecho esto para que vuelvas a ser un hombre como los otros! ¡Pero no me lo vuelvas a pedir!

Sybil estaba asombrada.

Por unos instantes se había olvidado incluso de su propia y horrible situación.

Marlon murmuró:

—Las drogas que le inyectaste no han producido demasiado efecto. Esta chica veía mal, desde luego. Pero corría. Y tú me dijiste que era una coja.

Sybil se sorprendió al oír su propia voz:

—No he estado nunca coja —musitó—. Solo lo fingía. Hace tiempo tuve una afección, pero ya estaba curada. Lo que ocurre es que simulé seguir enferma para que no volviese a mí un hombre al que amaba y cuya vida no quería estropear. Al venir a esta casa lo fingí con mayor motivo porque así parecía más inofensiva. Porque has de saber que lo de mi coche contra la valla fue un accidente provocado, maldita puerca —miraba a la Sanders con ojos llameantes—. Y también fue provocada mi caída el primer día, porque así te iba a ser difícil echarme de tu casa.

La enfermera la miró atónita.

Parecía completamente desconcertada.

—¿Pero entonces ya sospechabas de mí? —musitó desde el borde de la piscina—. ¡No puede ser! ¡Tú me habías defendido!

—Sí, y entonces lo hice de corazón. Pero un día, al acercarme a tu casa viniendo desde el hospital penitenciario de Dartmoor, noté algo extraño. Era una comprobación que la policía no había hecho porque noató cabos en ese sentido. Y yo la hice, lo confieso, por pura casualidad. Sencillamente era esto: ¡se pasaba por los mismos sitios por donde pasó el coche que se llevó a Molly! ¡El ruido de las sirenas! ¡El del semáforo que crujía! ¡Todo!

—Y entonces pensaste que Molly había sido traída a esta casa, ¿no?

—En efecto —dijo Sybil con una energía que sacaba de su propia desesperación—. Y pensé algo más: si yo fingía mi cojera, tú también podías fingir que no te habías curado aún la lesión en la piel de tus manos. Lo cual quería decir que ya podrías ponerte guantes. Y eso hiciste para que la ciega Molly se sorprendiera y lo dijese. Tú misma habías dejado en funcionamiento el magnetófono del consultorio. Disfrazaste la voz como la habías disfrazado al llamar poco antes por teléfono a Molly. La cinta magnética captó una voz que no era la tuya. Con eso y el detalle de los guantes... ¡dejaste una pista a propósito! ¡Una pista que apuntaba a todo el mundo menos a ti!

La voz espectral del hombre gritó:

—¿Por qué la dejas hablar? ¡No esperes más! ¡Húndele con el rastrillo la cabeza!

Pero la Sanders temblaba de excitación. No había esperado

aquella confesión que la trastornaba. Barbotó:

—¿Pero por qué sospechabas de esta casa? Casualmente, porque eso yo lo ignoraba, otra cinta grabó el viaje de Molly en el coche. Un coche que no era mío, sino del doctor Marlon. Y dejó probado que se la llevaba a una casa con garaje privado. Esta no lo tiene...

—Eso era lo que me desconcertaba... —musitó Sybil—, pero al final lo he averiguado. Hay una comunicación entre las dos casas. La que está en la calle paralela sí que lo tiene. Y otra cosa confirmó mis sospechas: un inspector dijo que el consumo de gas aquí era excesivo sin que tuviera justificación. Entonces lo comprendí debía emplearse un soplete a gas y tal vez un horno crematorio. Pero, para alejar sospechas, el contador estaba aquí y el soplete y el horno en la otra casa. A unas muchachas las quemabais, a otras les arrancabais la piel... Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Sybil sentía que se ahogaba cada vez más.

Sentía ya la muerte dentro de sí misma.

¡Ahora que estaba ya al final del camino! ¡Ahora que nadie podía ayudarla!

La Sanders dijo con voz cansada, con voz lenta:

—El doctor Marlon era mi amante —susurró—. Era el hombre por quien yo lo había dado todo... Compréndelo, a mi edad no es tan fácil conseguir que un millonario, un hombre culto, amable, joven, se fije en una... Yo lo idolatraba. Pero un día tuvo un terrible accidente de coche... El vehículo se incendió y él sufrió quemaduras en todo el cuerpo.

La voz de la enfermera se había hecho apenas un susurro. Ya no parecía tener fuerzas para emplear el rastrillo. Ella también se ahogaba.

Añadió:

—Existen para eso algunos tratamientos eficaces, como por ejemplo los trasplantes de piel. Pero no se pueden hacer trasplantes cuando casi todo el cuerpo está quemado. También hay modernos «bancos de pieles», donde se conservan tejidos que proceden de cadáveres. Yo sabía todo eso por mi profesión. Por ejemplo, sabía que en el Hospital General de Massachussets se ha descubierto un sistema para mantener congelada la piel humana durante seis meses. Y hay más: el doctor Conrado Bodonc ha descubierto otro método que consiste en sumergir la piel en una solución de glicerol

al quince por ciento. El glicerol, que no se congela, penetra en la piel, sustituyendo al agua. La piel así tratada se coloca en una funda de plástico resistente a los cambios de temperatura y queda aislada de gases y líquidos exteriores. Estos envases son congelados a temperaturas de 256 grados bajo cero, que es la temperatura del nitrógeno líquido, empleado para la congelación. Esa piel puede luego descongelarse, aunque con grandes dificultades, y aplicarse a otro organismo vivo, pero todo eso está aún en fase experimental. Y Marlon no podía esperar. ¡No quería esperar! ¡No resistía la idea de exponerse a un fracaso! Por eso me pidió que le proporcionara unos cadáveres de chicas. Él, que era un hábil cirujano, se encargaría de hacerse los injertos.

Sybil seguía estando asombrada, aterrorizada. Tanto que por unos momentos olvidaba su propia situación.

—¿Pero qué tiene que ver la habitación pintada de rojo? —musitó.

—Era el sitio donde nos veíamos yo y Marlon. Esta casa también es suya y se comunica con aquella en que vive él, pero me la alquiló por medio de una agencia, sin dar su nombre. De ese modo nos veíamos. Poco después de ocurrir el accidente, y para que nadie llegara a sospechar de él teniendo en cuenta lo que pensábamos hacer, fingimos su muerte. Lo del hombre atropellado por el autobús delante de mi casa era verdad. Pero se trataba de un ladrón indocumentado al que yo conocía de haberle visto por los hospitales. Como fui la primera persona que llegó hasta el cadáver y tenía un documento de Marlon, se lo puse en un bolsillo sin que nadie se diera cuenta. Al llevárselo inmediatamente, lo identificaron por aquel documento de un modo rutinario. Luego yo misma reconocí el cadáver. Podía hacerlo puesto que Marlon, que no tenía familia, había sido mi jefe. Lo que te conté del ataúd forrado de rojo era para impresionarte, Sybil. Quería que te largaras para siempre de aquí sin tener que matarte, pero no lo hiciste. A partir del accidente, Marlon ya no saldría a la calle más. De hecho, ya no lo hacía, a no ser conduciendo yo. En esos casos usaba gafas, sombrero, bufanda y se subía las solapas. Pero con el tiempo llegaría a salvarse. Llegaría a convertirse de nuevo en el hombre atractivo que siempre fue. ¡Solo necesitaba piel! ¡Hizo pruebas con Molly, a la que quemó para luego injertarle la piel de

otra! ¡La piel le era necesaria! ¡Solo necesitaba eso!

Sybil se había sujetado al borde de la piscina sin que se lo impidieran. Era eso lo que le permitía no hundirse. Con voz ronca, áspera, desesperada, gimió:

—¿Pero por qué piel de mujer? ¡Él es un hombre! ¿Por qué?

—Yo no hago preguntas —dijo la enfermera—. Yo he caído hasta lo más abyecto, hasta lo más bajo, por el hombre al que amo, pero si eso te sirve de consuelo antes de morir, te diré que él me indicó que la piel de mujer era más suave y fácil de trasplantar. Si luego su cara resultaba demasiado fina, eso no tenía tampoco tanta importancia. Incluso el crecimiento del vello podía estimularse, más tarde.

Sybil movió la cabeza con desesperación.

Comprendió que estaba ante una fanática, una mujer que por amor a un monstruo había llegado a los últimos extremos de la depravación. No le importaría una víctima más, sobre todo si su piel podía ser utilizada.

Ya nada importaba... Y Sybil se dio cuenta con horror de que iba a morir en aquella ciénaga. De que se convertiría en un monstruo ella también...

El rastrillo se movió.

—¡Pégale en la cabeza! —barbotó Marlon—. No le dañes la cara. ¡Pero puedes destrozarle el cráneo!

Las púas volaron hacia la cabeza de Sybil.

Esta tuvo un espasmo de terror.

Pudo ladearse. El rastrillo se hundió en el líquido y produjo mi chapoteo viscoso y siniestro.

Marlon aulló:

—¡Idiota! ¡Has fallado! ¡Déjame! ¡Déjame!

La enfermera estaba desesperada.

Sentía asco de sí misma. Sentía horror de sus propias manos...

Lanzó el rastrillo a las manos del cirujano, aquellas manos enguantadas cuidadosamente. Pero aquellas manos no lo tomaron bien y el rastrillo resbaló. Las púas arañaron los vendajes y arrancaron una pequeña parte de estos.

Había lágrimas en los ojos de la enfermera.

Pero, de pronto, aquellos ojos se entrecerraron.

Parpadearon sorprendidos un par de veces.

—Marlon... —susurró.

—¿Qué?

—Me habías dicho que con la piel obtenida ya tenías arreglada esa mejilla y sin embargo veo que la tienes como antes.

En efecto, el orificio en los vendajes permitía ver una piel rugosa, quemada, negra: la verdadera piel de un monstruo.

—Las cosas no han ido bien —dijo Marlon sibilinamente, tratando de recomponer el vendaje.

—No lo entiendo. Tú me animaste a seguir porque... ¡porque decías que todo era perfecto!

Y de pronto gimió aterrada:

—¡No me digas que lo que he tenido que hacer no ha servido para nada! ¿Dónde está la piel de esas muchachas? ¿Qué has hecho con ella, Marlon?

Y, dominada por su propia desesperación, la enfermera saltó sobre el monstruo. Tiró de los vendajes. Y entonces la propia Sybil tuvo que lanzar un alarido de horror.

¡Porque en aquella cara no había ningún injerto de piel! ¡Estaba como el primer día en que se abrasó! ¡Era una cara donde flotaba todo el terror del Más Allá! ¡Era la cara de un monstruo del otro mundo...!

CAPÍTULO XVIII

NO solo fue Sybil la que lanzó aquel grito de horror.

También fue la enfermera Sanders. También fue ella la que se llevó las manos a la cara y chilló desesperada como si viese aquel rostro por primera vez, como si se diera cuenta ahora de todo el espanto, de todo el horror, de toda la abyección que contenía.

—Marlon... —bisbiseó aterrada, cuando pudo recobrar en parte la respiración—. Marlon, yo te he proporcionado la piel humana que me pediste. Tú siempre me has dicho que la empleabas escrupulosamente. Que ya tenías la cara casi perfecta. He hecho todo lo que me has pedido. Me he rebajado hasta lo último por ti. Pero en cambio tú... ¿qué has hecho con esa piel? ¿Dónde la has aplicado? ¿Dónde está?

La Sanders no lo entendía, pero una súbita sospecha había asomado a sus ojos. Una terrible sospecha que llenaba sus pupilas de fiebre.

—¡Habla! —gimió—. ¡Habla...!

Y en aquel momento la respuesta vino sola. En aquel momento se abrió una puerta del otro lado de la hostil habitación de cemento. Era una puerta metálica más allá de la cual se veían más paredes de cemento y algo así como un gran soplete montado sobre un soporte.

Pero ninguna de las dos mujeres se fijó apenas en eso.

Les llamaba la atención otra cosa.

La persona que acababa de aparecer en el umbral.

Era como un ser del otro mundo.

Y sin embargo nada había de especial en aquel ser excepto que... ¡excepto que era una mujer! ¡Una mujer enteramente vestida de negro y también enguantada, para ocultar sus manos deshechas! Una mujer que tenía media cara abrasada... ¡y la otra mitad

reconstruida! ¡La otra mitad enteramente nueva! ¡Rehecha con la piel de las mujeres muertas!

La enfermera se llevó las manos al cuello.

Sentía que se ahogaba.

Una mujer enamorada no necesita palabras. Una mujer enamorada adivina con solo un soplo.

Y ella lo comprendió.

—Cuando tuviste el accidente... —susurró con una voz tremolante, con una voz de hielo—, cuando tuviste el accidente no estabas solo... ¡Ibas con esa otra mujer! ¡Y es a ella a la que has salvado! ¡A la que amabas! ¡A mí me has usado como un simple instrumento! ¡Me has hecho mentir, me has hecho asesinar, me has hecho caer hasta el fondo... para ayudar a tu nueva amante! ¡Para ayudar a otra!

La angustia de aquella mujer estaba más allá de las fronteras de este mundo.

Sobre todo, cuando la recién aparecida murmuró:

—¿Pero a qué viene tanto ruido? ¿Qué le pasa a esa?

La enfermera cayó de rodillas silenciosamente.

No podía más.

Estaba expiando todos sus crímenes, estaba expiando su miseria, tras cruzar la frontera del más amargo dolor del mundo.

Y así la sorprendió la muerte.

Así la mató fríamente Marlon, de una bala en la cabeza, al comprender que de ahora en adelante ya no podría contar con ella. Que sería su peor enemiga.

Un hilo de sangre apareció en el rostro de aquella mujer.

La bala le había atravesado una mejilla.

Pero no se quejó. Cayó blandamente, sin un gemido, hacia el fondo de la piscina.

Y entonces sí que se oyó el grito lacerante de Sybil.

Sybil, que había llegado al último extremo de su resistencia de mujer.

Sybil, que ya no podía más.

¡Que incluso estaba ansiando la muerte!

Marlon alzó de nuevo el arma para disparar contra su cuerpo. Le bastaba con tener intacta la cara de su víctima. Fue a apretar el

gatillo mientras sus ojos despedían un fulgor asesino.

¡Y en aquel momento alguien más apareció al extremo del pasillo! ¡En aquel momento alguien saltó como una pantera... por encima de la piscina trágica!

¡Voló materialmente sobre ella!

¡La cruzó como una bala!

¡Cayó sobre Marlon y lo enlazó por la cintura, rodando salvajemente los dos!

Sybil sintió que se le contraía la garganta.

Porque aquel hombre que se estaba jugando la vida por salvarla era el que más anhelaba, pero al mismo tiempo el que menos podía esperar.

¡Era Kennedy!

CAPÍTULO XIX

MARLON tenía la ventaja del arma, pero Kennedy no le dejó utilizarla. Era un auténtico campeón. Sus puños resultaban demoledores. Sus ganchos eran homicidas. ¡Y ahora los lanzaba con ganas de matar!

¡Como un auténtico loco!

¡Como si en sus puños estuviera la marca del verdugo!

Marlon vaciló. Había logrado ponerse en pie, pero eso fue peor para él. Mucho peor.

Porque, puestos los dos en pie, Kennedy podía disparar sus mortíferos brazos. Un golpe al hígado hizo que Marlon vacilara y tuviera que soltar el revólver. Otro al plexo solar le dejó sin respiración. Un gancho alucinante lo envió contra la pared...

Aún intentó reaccionar.

El monstruo aún intentó salvar su vida.

¡Y atacó!

¡Vino hacia Kennedy, que le esperaba con los puños preparados!

Los dos nuevos ganchos, dos golpes salvajes y demoledores, fueron de los que acaban con un gorila. Jamás en el ring había peleado Kennedy con tanta saña. El cuerpo de Marlon trazó una especie de parábola en el aire.

Y se oyó un terrible, un siniestro chapoteo.

¡Se había hundido en su propia piscina!

¡Estaba K.O., y se iba al fondo!

¡Se ahogaba en el fondo de su propio pozo de horror!

Sybil iba a perder el conocimiento también. Ya no podía más. Sintió que sus ojos se nublaban, que sus brazos cedían...

Una mano tiró fuertemente de ella.

La sacó de allí.

En cuanto a la otra mujer, la que significaría un testigo precioso para Kennedy, no tenía ninguna posibilidad de huir. No lo había intentado tampoco. Estaba aterrada, yerta, quieta, sintiendo como si el frío de la muerte penetrara en sus huesos...

Kennedy tendió a la muchacha en el suelo. Le dio masaje en las sienes para animarla.

—Repasando la lista de personas quemadas en los últimos años —explicó—, di con el nombre y domicilio del doctor Marlon. Aunque oficialmente estaba muerto, me llamó la atención que la enfermera Sanders viviese a pocos metros... y por eso vine. Cuando me di cuenta de que habían asesinado en una cabina telefónica a una muchacha de tu edad, ya no dudé. Y he podido llegar hasta aquí, Sybil... Comprendí que al matar a aquella chica habían querido matarte a ti, lo cual significaba que andabas cerca... ¿Pero por qué has hecho esto? ¡Dios santo! ¿Por qué?

Sybil entreabrió apenas los labios, para susurrar:

—Fue... mi último fracaso como abogado. ¡Un desastre! Quería convencerme a mí misma de que estaba equivocada, pero no podía. Y resolví seguir hasta el fin con mis propias fuerzas... Resulta terrible, Ben. ¡Como abogado soy un fracaso! ¡Me han condenado a no sé cuántos inocentes, y por una vez que absuelven a mi cliente... he tenido que convencerme por mí misma de que era culpable!

Respiró hondamente y añadió:

—No sirvo para nada. No me va a quedar más remedio que casarme aunque sea con un policía...

Y por primera vez en mucho tiempo, por primera vez quizá en dos años, logró sonreír.

FIN

NOTAS

[1] Nombre que recibe el Metro de Londres.

[2] Las recientes leyes inglesas, en efecto, toleran inexplicablemente las uniones entre personas del mismo sexo, y atribuyen a esas uniones una serie de efectos civiles, como sucesiones hereditarias, donaciones, domicilio oficial, etc. Ni que decir tiene que ningún país ha imitado hasta ahora tal extravagancia. (N. del A.)